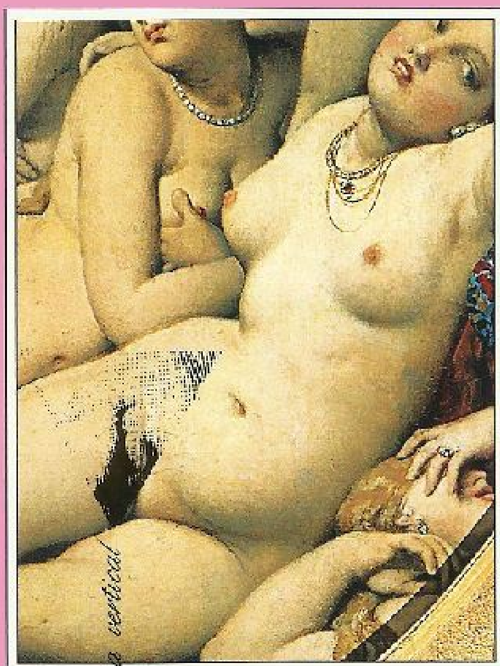
Octávio Lothar

El impudor de la mirada



La sonrisa vertical



Denise, al parecer contratada para supervisar la «economía de la libido» de un harén oriental, va describiendo a su lejano amado los aspectos más inusitados y las peripecias más llamativas de la vida en un recinto al que la mayoría tiene velado el paso.

Misiva a misiva, Denise describe las costumbres que rigen la estricta a la vez que regalada vida de las cautivas, la encarnizada lucha que entablan las favoritas por ganarse el aprecio del sultán, las intrigas de los eunucos, los castigos que se imponen a quienes transgreden las normas y, en fin, toda la sensualidad que rezuma un lugar secreto donde numerosas mujeres sólo tienen un deseo: conseguir ser gratas a un hombre, el sultán, al que temen y, al mismo tiempo, adoran.



Octávio Lothar

El impudor de la mirada

La sonrisa vertical - 127

ePub r1.0
Titivillus 27.04.15

Título original: *No impudor do olhar*
Octávio Lothar, 2003
Traducción: Mario Merlino

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



EDICIÓN CONMEMORATIVA



2º ANIVERSARIO EPUBLIBRE.ORG

Advertencia

Descubrimos estas cartas en la medina de Alepo, en una tienda disimulada en el lateral de una de las innúmeras galerías cubiertas del bazar, allí donde se cruzan seres y se difunden aromas que parecen llegar intactos de la Edad Media. El librero de viejo se movía con presteza en su espacio exiguo; casi toda la tienda estaba repleta de papeles viejos, pergaminos, libros, ejemplares antiguos del Corán y de la vida del Profeta, manuscritos perdidos de diferentes épocas. Como cualquier mercader árabe, nos concedió todo el tiempo y la libertad para que le preguntásemos lo que quisiéramos. Después de sacar de los estantes polvorientos dos o tres libros de dudoso interés y viejas postales que mostraban otras partes y épocas de la ciudad, fijamos la mirada en unas páginas apiladas, escritas con una caligrafía elegante, cuyo texto estaba en francés y, aunque desvaído por el tiempo, aún era legible.

Ya la primera ojeada nos reveló algo insólito. Se trataba de un fajo de doce cartas sin ninguna referencia exacta al lugar de origen ni al año, escritas en algún punto de Oriente y dirigidas a Europa. En algunas figuraba la mención «del Serrallo», sin que se especificase el sitio. Comparadas las fechas, comprobamos que tenían un ritmo regular —cerca de una por mes— y, observando la escritura, nos dimos cuenta enseguida de que provenían de la mano de la misma persona: formaban por casualidad una serie continua de misivas que, durante casi un año, recorría las diferentes estaciones, aunque se habían perdido cartas anteriores, puesto que la primera de nuestra serie retomaba un diálogo ya iniciado.

Más tarde, tras adquirir las cartas por un precio irrisorio, leímos los manuscritos con una curiosidad que iba en aumento, y encontramos al inicio de cada una el nombre del

destinatario, Pierre, y al final el de la propia autora, Denise. Desde la primera línea nos resultó evidente que eran cartas de amor. Entendimos que entre Denise y Pierre había existido un largo e intenso diario epistolar. Eran hojas de un relato amoroso entrecortado, cuya autora, una alta funcionaria contratada para trabajar en un serrallo de Oriente, desvelaba a su amado aspectos y peripecias de la vida en un gran harén, sin apartarse de un proyecto y de una estrategia de amor: «*mostrarte los frutos del voyeurismo al que me incitan es señal indeleble de amor*, como si, contemplando aquí todo cuanto sabes, sintiese que me ves, y contigo comparto, abismándote en ellos, episodios de la vida del Serrallo que desfilan ante mí. Tal es la intención de estas cartas y la esencia amorosa que las impregna» (novena carta). En la fase final, Denise —así se deduce de la lectura de su última misiva— quemó las cartas recibidas de Pierre, porque un grave peligro se avecinaba.

Releyendo atentamente cada una de las cartas, nos pareció que no sólo había escrito por amor (por otra parte irrefutable) al eternamente ausente Pierre, sino también por amor a las letras, acaso sin un gran escrúpulo de rigor etnográfico. La fina capa de imaginación con que había revestido un mundo ya de por sí encubierto nos mostraba que había escrito tanto para seducir a su amado como a cualquiera que un día leyese las cartas, extrayendo de la memoria tales detalles, envolviéndolos de tan viva fantasía, que se desprendían de ellas un gran encanto y un gran enigma.

¿Cuándo y dónde había transcurrido la intriga? Nos faltaba el nombre del sultán, nunca mencionado, que habría sido el hilo conductor en un contexto histórico. Se suscitaban en nosotros dudas encadenadas. ¿Por qué aparecían finalmente en Oriente esas cartas destinadas a Occidente? Ante las crecientes señales de peligro que Denise le señalaba, ¿por fin habría acudido Pierre a la ciudad desde donde aquélla escribía, llevando entonces consigo, como un talismán, el fajo de misivas con sus provocadoras palabras? ¿Las habría devuelto, por el contrario, en un arranque de

celos o despecho? ¿O acaso las cartas nunca fueron enviadas, bien porque Denise no se atrevió a compartir su crudo contenido, bien (conjetura infundada) porque fueron escritas única y exclusivamente para otro amante, la literatura?

¿Qué modelo de amor reunía en definitiva a Denise y a Pierre? ¿Qué género de amistad acercaba a Denise y Roberte, la otra confidente de Pierre, perdida también en el exotismo de Oriente? ¿Qué complicidad había vinculado a Denise con Baladine, la segunda mujer del sultán? Y ¿cómo concebir las relaciones, nunca mencionadas, aunque de un tono siempre imprevisto, entre la autora de las cartas y el sultán, con quien tanto intimó? Estas extensas alamedas de misterio se pierden entre los meandros laberínticos del Serrallo; cabe al lector representárselas, desvelarlas en sí mismas y para sí mismo, en la medida en que pueda, sepa o quiera. Las confidencias contadas, la presencia prolongada de la autora en el intrigante escenario al que se confió, la singular perspectiva adoptada —a veces observadora minuciosa y distante, como si contemplara movimientos de insectos apenas estudiados; otras veces participante activa, sensible, emotiva, capaz de entender al otro en su ser íntimo y hasta en su esencia— invitan, incitan a su publicación. En todo caso, el libro se justifica por el ingenio literario que traslucen las cartas, por la audacia de la narradora y la fuerza subversiva de lo que cuenta y de cómo lo cuenta.

Hubo que traducir las cartas, entrar en la familiaridad de una letra caprichosa, en algunos tramos descolorida por el tiempo, de un contexto lleno de alusiones exóticas, que nos obligó a insertar algunas notas explicativas. Ponemos en cursiva los términos orientales que aparecen con frecuencia en la escritura de Denise, así como los subrayados con los que destaca ciertas palabras, expresiones y frases, que se ven con nitidez en el manuscrito; y dejamos tal cual algunas particularidades de esa escritura, como las mayúsculas de Sultán y Serrallo, sin duda porque, durante la época y los hechos de los que habla, el sultán fue su soberano y el serrallo sultánico su mundo. Allí se quedó durante más de un año, ejerciendo un alto cargo que hoy podríamos denominar

superintendente y celadora de la «economía de la libido», punto culminante de la organización compleja del harén, institución totalitaria por excelencia, global, ferozmente jerárquica, inquietante e inicua a los ojos del Occidente de entonces y de hoy, pero aun así impregnada de la violencia de un encanto inefable.

Por todo ello, por el efecto siempre subversivo del deseo, de la libido vivida y soñada en sus excesos, imaginada y narrada en sus extremos, este libro será repudiado por los bienpensantes: en los periodos despóticos, lo quemarán después de leerlo; en los llamados democráticos, lo silenciarán habiéndolo leído. Tendrá que seguir, pues, el recorrido subterráneo al que su propia índole de antemano lo condena.

Octávio Lothar

Cartas del Serrallo

Primera carta

Del Serrallo, 26 de febrero

Querido Pierre:

Carecen de fundamento tus inquietudes y la sombra de celos a mi respecto. Desde el primer día de mi contrato para trabajar en el Serrallo, mis relaciones siempre han sido sólo de naturaleza administrativa: administro la libido, muchas veces tumultuosa, de las súbditas y esclavas (tal es el sentido verdadero del término odaliscas) de Su Majestad, pero como si de cosa neutra a mi sentir se tratase: apenas una economía, o un álgebra, por cuyas reglas nítidas y su cumplimiento integral debo velar.

Me contrataron para ejercer de gran *kehaya*, gobernanta general, superintendente de todo cuanto se ligue al deseo carnal y a su contención, y ese deseo impregna a todas esas mujeres encerradas en el harén, desde la zona más profunda de sus cuerpos a la más tenue fantasía de sus pensamientos. Según la tradición, la *kehaya* usaría como traje una *salta*, vestimenta exótica que deja ver el pecho y realza de manera excesiva el busto y las caderas. En un acto de generosidad, el Sultán me eximió de ese hábito, dejándome usar ropa occidental, salir libremente por la ciudad, tener amigas, como Roberte, y, de más está decirlo, recibir y enviar correspondencia privada. Dispongo, créeme, de un alto estatus y de gran independencia.

Alivia, pues, tu aflicción. Por otra parte, si no fuera por el aguijón profundo del deseo reprimido y el tedio infinito de un pensamiento sin horizontes, esas mujeres —casi todas traídas de los confines de la pobreza y del prejuicio, o compradas en aldeas remotas para ir a vivir toda su vida fértil en la comodidad y en la opulencia del palacio,

plenamente disponibles para el amor— estarían vivas ya en el paraíso, volviéndoseles la muerte, un día, un mero accidente convencional, anodina frontera. El sector femenino del Serrallo se llama, realmente, Casa de la Felicidad. Pero el desierto inmenso que se extiende por la mente de las concubinas, donde el espejismo obstinado se alza desde el oasis siempre deseado, raras veces asido —el tálamo sultánico—, donde sacian su gran sed, les arrebata la serenidad, las mueve a mil caprichos, mil conflictos…

Gran excepción para la pelirroja Baladine. No es árabe, ni turca o persa, ni siquiera circasiana: ¡dicen que por ella circula sangre rusa! Refulge en el harén por su color y la profunda sensualidad que exhala, y el Sultán parece deslumbrado por la luminosa blancura de su piel, de cuyo fondo irrumpe un color rosáceo, y por la transparencia y la tonalidad zafírea de sus ojos, cual almendras de mar. Baladine ha ganado tal favor en su lecho, del cual ha desplazado en gran medida a la sultana, única esposa real, menos joven y menos bella, que se ha convertido así en *kadine*, segunda esposa.

La jerarquía de las mujeres en el Serrallo es algo tan nítido y efectivo como la de los ángeles en el cielo. Así, a la sultana la sigue la *kadine*, esposa oficial de elevado estatus, y a ésta las *ikbals*, esposas de rango inferior. Siguen las *guezdês*, compañeras para periodos limitados; las *calfás*, esclavas blancas que se vuelven educadoras responsables de las concubinas más jóvenes; las *serrailis* o novicias, sometidas a una disciplina severa, pero que pueden despertar el interés y la benevolencia del Sultán. No incluyo aquí a las esclavas negras: oprimidas, nunca dejan de ser esclavas, y les está prohibido el ejercicio del amor bajo cualquier concepto, a pesar de la gran belleza y sensual carnalidad de algunas, y de la inteligencia delicada de casi todas. Deben obediencia superior a la sultana.

Hasta para los ímprobos eunucos existe una rígida escala, que comienza en los novicios o *ênacá,* recién castrados, continúa en los *ajêmi*, prosigue en los pajes *ága*, crece en los veteranos *oglan* y culmina en los *hassili*, poderosos capones

entre los que se elige al eunuco mayor, que establece el vínculo de toda la torpe *troupe* con los aposentos del Sultán. Sus funciones se reducen a espiar, acechar, sobornar para obtener testimonios y denunciar actitudes rayanas en el placer, o sus más remotos indicios…

Hace unos días el Sultán le regaló a Niktérine, la sultana, dos perlas enormes, más grandes, se decía, que los lóbulos de sus orejas. No llegué a verlas, tan altanera es la sultana. Hoy, después de pasar la noche con Baladine, el Sultán le regaló un collar de heliotropo, jaspe verde con irisaciones sanguíneas que centellean al sol. Sin duda tiene menos valor que las perlas colosales, pero en el Serrallo, lugar donde el valor reside sólo en la belleza y en la voluptuosidad, la piel de la *kadine* irradia en gloria bajo el heliotropo fulgurante que pende entre sus senos, mientras en la tez amarillenta de la sultana el par de perlas, aunque inmensas, sólo podrá diluirse sobre un fondo céreo.

En su munificencia, el Sultán encuentra, para cada concubina que se le vuelve apetecible, una piedra preciosa correspondiente a sus dones y tonos, y un día se la entrega en ofrenda. En mis largas conversaciones con el soberano (y creo que, en todo el Serrallo, no las tiene con nadie más), él me ha hablado de la belleza cruda de las gemas suntuosas descubiertas en la naturaleza y de su brillo, acrecido por el rigor de la talla, que las vuelve rutilantes si las toca un rayo de sol. Así también lo son las concubinas más hermosas, añadió: de una belleza agreste, casi salvaje, al ser vistas en sus lugares nativos; de deslumbrante e impecable perfección una vez que, sometidas a los rigores del Serrallo, a la observancia de las reglas, a los reparos y sevicias de las *calfás*, refulgen al fin delante de él.

Para mostrarme el fulgor del nuevo collar sobre su cuerpo, Baladine me invitó a asistir a su *toilette*. Esa ceremonia, extensa y meticulosa —su cuerpo es tratado como un cosmos—, convoca saberes tradicionales y extravagancias propias; tiene lugar en sus aposentos, a puerta cerrada, después del baño en el *hammam*, al atardecer; reúne por lo menos a dos *serrailis* y a dos esclavas negras de su séquito,

que la asisten y reflejan con espejos los múltiples ángulos por donde se dispersa el panorama inagotable de su esplendor. Esas cuatro mujeres ancilares permanecen varias horas junto a Baladine: desnudas de cintura para arriba, cuidan con mil minucias de la desnudez de la *kadine*.

Llevada por un tedio altamente refinado, ésta no se cansa de descubrir las diferentes imágenes que se proyectan en los espejos, tan bellas y lascivas como casi imposibles, todas ellas producto de movimientos imprevistos. Esto para gran sorpresa de las esclavas: en el folclore mahometano los espejos son sospechosos, se les atribuyen perturbadoras fuerzas ocultas en su fondo inaccesible; y el espejo del alma, cuando es impuro, ¡ya no refleja el espíritu del Creador! Un espejo, especialmente cuando se hace de noche, puede volverse maléfico, precipitando la llegada de una segunda esposa… Pero Baladine, mujer fuerte y de una inconmovible seguridad, se complace observando sus formas, con lascivia, durante minutos y hasta horas, buscando nuevos ángulos, repitiendo los anteriores, tan venturosos. Me contó que, en el espejo, el tiempo del tedio se transforma en tiempo de misterio; y, al ver reflejada su imagen desde tantos ángulos, se ve siempre como si fuese la primera vez, e imagina cómo la verán las demás, qué fuerte impresión provocará en ellas, según la manera de vivir, de mirar y de juzgar de cada una, y según su estatus respectivo; y por encima de esas codiciosas miradas femeninas, se hace presente la mirada del Sultán, persistente y poderosa.

Cuando llegué a la ceremonia, estaban recubriendo a Baladine con *bellum*, una arcilla perfumada que deja la piel más suave; después la atildaron con leche, con zumos de frutas tropicales, luego con una esponja blanda y, por último, con un ovillo de crin. Entonces, una *serraili* elegida por ella —algo considerado un trato especial— untó todo el firmamento de su piel con una pomada de olíbano y masajeó cada centímetro de su cuerpo hasta que éste absorbió el ungüento aromático. La misma joven concubina extendió con sus manos por todo el cuerpo de Baladine, sin dejar de lado siquiera las zonas más íntimas, una fina capa de un perfume

preparado sólo para ella, con las proporciones adecuadas de alcanfor, esencia de áloe y sándalo (perfume que Baladine rechaza cuando el Sultán la llama a su lecho, para que lo único que éste perciba sea su propio olor).

La otra novicia acentuó, con un pigmento del color del iris de la *kadine*, el borde de los párpados y prolongó con *kohl* la línea de las pestañas; limó en forma de arco gótico las veinte uñas de su cuerpo, le resaltó las lúnulas con un lápiz finísimo y le pintó todas las uñas con un esmalte transparente; y la primera le masajeó las articulaciones de las falanges de las manos y de los pies, pasando de unos nudillos a otros como quien recorre las cuentas de un rosario, y después el cuero cabelludo, sumergiendo los dedos en las raíces de los cabellos y cerrando las manos con un ritmo cadente. Después peinó larga, firme y repetidamente los cabellos pelirrojos, que se esparcieron ondulantes: y la *kadine* los miró y se miró en dos espejos sostenidos por las esclavas blancas, que los giraron varias veces para dejarle ver todo el horizonte de su belleza, pero aun así no quedó saciada.

Se acercaron entonces las dos esclavas negras y prendieron entre sus manos la exuberante melena roja: cada una manejaba un gran peine de marfil, y con él desenredaban los frondosos mechones de la segunda esposa, río de cobre licuado donde las manos negras de las nubias y los dientes blancos de los peines se sumergían, deshaciendo los nudos con movimientos precisos. Cuando todas las hebras se desenredaron y los peines se deslizaron sin trabas de la raíz a las puntas, el gran turbante ondulado abultó levemente, como si el río rebosase de su lecho. ¡Y si la cabellera de Baladine tenía la exuberancia y los tonos rojizos de la selva nórdica en otoño, los cabellos sobre el monte de Venus eran como la vegetación escasa pero vigorosa de la tundra!

Ya incorporada, Baladine ordenó que se acercase Yektá, una de las esclavas negras. A pesar del pelo rapado y los rudos adornos que usaba, tenía la estatura y, me atrevería a decir, la belleza de la *kadine*… Para que sus labios enrojeciesen y se le volvieran más sensibles, Baladine lamió los pezones que remataban los senos de la esclava, firmes,

turgentes y erectos; y a su vez Yektá, curvándose, se los ofrecía rozándole con ellos la boca, siendo para ella un gran honor ser acariciada así por los labios de la *kadine*. Durante mucho rato, Baladine lamió los pezones de Yektá, grandes, negros y granulados como moras, despertando en la esclava voluptuosidad y al fin un ardor doloroso, llevándola a ese espacio divino y turbio en el que confluyen el placer y el sufrimiento. No se alteró el rostro de la esclava, sólo se le entrecerraron los párpados, y un gemido leve la delató. Atenta, Baladine interrumpió la libación y tomó el otro pecho, estimulando sus labios en la otra mora negra, hasta que Yektá profiriese otro gemido, y Baladine cambiase de nuevo de pezón… Cuando le ordenó a Yektá que se incorporase, ésta se quedó inmóvil, impasible como una estatua africana de expresión ausente y busto portentoso. Sólo entonces Baladine se levantó, se cubrió por debajo de la cintura con un lienzo de seda azul marino y ostentó la joya que se alimenta de sol, el collar heliotrópico. De hecho, el sol ya estaba bajo y se ponía sobre el mar, pero algunos de sus últimos rayos entraron por la ventana abierta de par en par, tocaron las cuentas del collar y las hicieron refulgir.

Sin duda, Baladine causó el embrujamiento del Sultán, y muchas veces me pide, cuando ella se une a él, que me quede cerca de ambos y dibuje las posturas y los recorridos del amor. En los encuentros amorosos con concubinas, el Sultán siempre me concede el derecho de mirar y dibujar, a veces incluso *el derecho de tocar*: recoger los cabellos femeninos desordenados, masajear piernas y muslos doloridos por calambres, adormecer a una odalisca excitada sobremanera apoyando los pulgares sobre los puntos de su cuerpo que se entorpecen, como, por ejemplo, los hoyuelos excavados a los lados de la espalda. En cuanto a mis dibujos, captan momentos culminantes de los cuerpos en el juego del deseo, mostrando el tiempo del todo en un instante de la parte; otros, más secretos, revelan impulsos del espíritu rumbo a juegos predilectos de la libido, dejando entrever el punto de llegada a partir de las intenciones que asoman. Baladine, al contrario que la sultana, no se inquieta en absoluto por esa

presencia de la *kehaya* dibujante, a la que podría sentir como intrusa.

Me acuerdo de una de las veces en que presencié el amor entre el Sultán y la *kadine*. Ella se liberó de la ropa con un solo, aunque eficaz, gesto, y cuando el vestido caracoleó e irrumpió la maravillosa carne, se le podían ver en el lomo y en la grupa señales recientes de flagelación, estrías con colores del sol poniente que abultaban aún sobre el cuerpo-estatua. Y como su alto estatus excluía cualquier castigo físico, esas marcas probaban que las había padecido por su propia voluntad, con premeditación y severidad. Al Sultán, inflamado por unos celos impetuosos que yo jamás había visto en él, se le embargó la voz de furia y voluptuosidad; y después de amar a Baladine, viéndola por fin incorporarse ágil y jubilosa, se desesperó porque, en pleno Serrallo, otros placeres, además de los que él le daba, pudiesen saciarla de lujuria y elevarla a la cumbre del éxtasis, marcándola por fin como nunca él se había atrevido…

Por cierto, las estrategias de la libido arrastran rupturas y desórdenes del poder. Así, el Serrallo se divide en dos fracciones equivalentes: la de las mujeres que siguen a la sultana y la de las que idolatran a la *kadine*. Las consecuencias son de lo más precarias para el equilibrio del harén, aunque de lo más interesantes para los ciclos del sexo en este espacio cerrado, puesto que la intimidad emotiva de esas concubinas (actualmente el Serrallo alberga ya a sesenta), en el interior de cada uno de los grupos, las lleva a tal sintonía, a tal fraternidad, que las hace tomar partido con sus propias vísceras. Así es como —aunque cueste creerlo— sincronizan sus menstruaciones, volviéndose impuras a la vez: por eso, cuando Baladine sangra (de la sultana es difícil saber si aún es fértil), todas sus seguidoras la acompañan en un vendaval de impureza, y el Sultán se condena a invitar, para el desempeño de la libido, a la sultana o a alguna de las concubinas de su grupo, más convencionales, en quien pueda adentrarse sin mácula.

Tensiones vivas y frecuentes provocaciones oponen a los dos grupos. Incluso no hace mucho, después de la noticia de

que llegarían nuevos eunucos, Refieh, del clan de Baladine, y Senihá, del grupo contrario, desnudas en pleno *hammam*, se enzarzaron en una pelea. Chapotearon en la piscina, se tiraron de los pelos, se retorcieron y arañaron los senos, se mordieron e intercambiaron insultos y hasta palabras obscenas, prohibidas en el Serrallo… Senihá, tras recibir una dentellada en un hombro, mordió a Refieh en una nalga, y las uñas afiladas de ambas dejaron señales en las mejillas de la rival. Senihá confesó más tarde que Refieh la había azuzado, diciendo que Baladine no soportaba más de media luna sin frecuentar el lecho del Sultán, y Senihá le había respondido que la sultana no soportaba siquiera un cuarto de luna. Por eso se pelearon con tanta saña. Cuando ocurren cosas así, las mujeres de cada uno de los grupos se vuelven más petulantes y lacónicas frente a las otras, y crece entre ellas una tensión de silencios, murmullos, demostraciones y miradas de soslayo.

Fue en uno de esos impases cuando una de las íntimas de Baladine me reveló cómo la sultana, al sufrir en decúbito el hierro bien templado del Sultán, emite esos sonidos articulados de más acá del habla y, en la culminación del deseo, grita en trance y como presa de la furia: «¡Dios es grande!». Esta exclamación piadosa, retenida y concentrada hasta el momento supremo, proferida como una imprecación, sale de su garganta como si contuviese una sola sílaba, resumiendo al final en sí misma las causas y los destinos últimos del mundo. Marca el paso del desfiladero elevado entre la subida lenta del deseo de la sultana y el fulgor de la conflagración.

Recibí, querido Pierre, carta de Roberte, que me trajo un eunuco en sobrescrito lacrado. Como sabes, se reúne en la ciudad, y de forma clandestina, con el Sultán, y mantiene con él un romance singular guiado por reglas, del todo occidentales, impuestas por ella misma. Mi mayor sorpresa no es que, teniendo el harén, el Sultán tenga también a Roberte, sino que, teniendo a Roberte, no prescinda del harén: hasta tal punto Roberte es dulce, sensual y bella. Y, sin embargo, cuántos encantos suspendidos del Serrallo… Ahora,

desconfiando de amores ardientes del Sultán en el harén, Roberte me pregunta por él y sus labores. Eludo entonces las pasiones harénicas del soberano para no herir a Roberte; y la tranquilizo, como a ti, sobre los designios del Sultán a mi respecto (le leo, eso sí, a menudo, fragmentos de los clásicos, que deja a mi elección).

Ésta es la carta de Roberte, que transcribo; en ella se traslucen rasgos de su esencia lúcida, aunque pasional:

> «Mi querida Denise:
>
> »Me sabes bien diferente de esas ingenuas que suelen cortejar los sultanes. Preguntarás: ¿qué me atrajo de J. Y.? ¿El exotismo de vida, de creencias, de costumbres?
>
> »Sin duda es inusual ser cortejada por un hombre que custodia a sesenta hetairas, como *bibelots*, encerradas en un ala del palacio… El alma de estos pueblos tiene un fondo poético, casi místico, que perturba a los europeos que viven entre ellos durante algunos años. Ese fondo se entrevé en J. Y. sin dejarse captar ni clarificar.
>
> »¿Cómo hacer que se vuelva claro y racional un sentimiento vivo de atracción por quien tanto difiere de nosotros? Y al contrario: ¿cómo entender el interés que despierta en ese hombre dueño de tantas mujeres, todas esclavas, quizá todas muy parecidas entre sí, una extranjera que conserva su independencia?
>
> »Lo que admira en mí, bien lo sé, es entrever destellos de mi libertad, algo que se refleja en mis actos, en mis opiniones, y a él le ha de resultar incomprensible, como incomprensible me parece lo que creo adivinar en las aguas más profundas de su ser.
>
> »Te confieso que, sintiendo formarse en mi espíritu algo anunciador de la pasión, intento escapar y, en contradicción con ello, entregarme a ese sentimiento que aún sólo vislumbro, pero que puede volverse devorador. ¿No decía nuestro La Rochefoucauld: "*Si*

nous résistons à nos passions, plus par leur faiblesse que par notre force
c'est
[1]"? Ahora encuentro mi debilidad en la fuerza de ese impulso que me invade y me envuelve[2].

»Afectuosamente te beso.

»Roberte».

Le leí hoy al Sultán y le traduje, del *De principatibus*, de Nicolás Maquiavelo, en el capítulo que comienza diciendo «*Cur Darii regnum quod Alexander*», la distinción que el autor establece entre los Estados poblados por grandes señores de alta alcurnia, como es el caso de Francia, y aquellos en los que, como ocurría en la Turquía de su tiempo, todos eran esclavos; y el modo diferente de conquistarlos: los primeros, por la intriga y la división, y siempre de forma precaria; los segundos, por la guerra; y que cuando los segundos son hechos prisioneros, se los somete totalmente y sin mayores obstáculos, porque sólo son esclavos que cambian de señor. Ahora bien: lo que es verdad para los Estados parece serlo también para principados, sultanatos y serrallos. Fue ésa la conclusión del texto que se le transmitió al Sultán y lo hizo meditar durante un tiempo y pedirme que le releyese el capítulo entero.

Sólo que a mí, amado Pierre, que estoy en Oriente rodeada de esclavos, y a ti, que vives en Francia rodeado de señores, no se nos aplican las conclusiones del florentino: me conquistaste de manera definitiva, y yo pienso y deseo haberte conquistado, sin intriga ni guerra, para el resto de mi vida.

Afectuosamente,

Denise

Segunda carta

En el Serrallo, 20 de marzo

Pierre, amor mío:

Pensar en ti me llena de esperanza, en este lugar al mismo tiempo seductor y terrible que, sin tu existencia, aunque estés lejos, sería estéril como el desierto y absurdo como una historia vana.

En los últimos tiempos centré mi atención en el *hammam*, ese delicioso espacio consagrado al agua, que de él brota y por él se derrama, y al baño de las mujeres, que pasan allí largas horas. El movimiento incesante del agua, que se esparce en lentos círculos hasta el borde marmóreo de la gran piscina octogonal, les hipnotiza la mirada, y el sonido cristalino, como de una lira tañida por querubines, les aplaca el deseo.

Hace días lo visité de noche, después de que todas las mujeres se hubiesen acostado y de que el harén fuese cerrado a cal y canto. En el *hammam*, ya sin nadie que lo disfrutase, sólo una de las lámparas permanecía encendida, como un astro indeciso en un firmamento geométrico; entre las sombras alargadas de los pilares, hubo una que me pareció que se movía, y era como el ángel que condujo a Agar a la fuente de Zemzem, de las aguas que murmuran[3]. La noche era calurosa. Junto a las ventanas, oí el coro de las ranas, que respondía desde la humedad de los jardines, en el exterior, a la llamada del agua-corifeo, del agua-ombligo que, clara y fresca, fluía al infinito. En el centro de la gran cúpula se abría al cielo un círculo, donde salpicaduras de astros llevaban al orden del harén indicios del misterio del mundo.

Pero, en contraste con este escenario nocturno propicio a que los pensamientos broten y murmuren como el agua, las

horas diurnas del *hammam* son turbulentas debido a la presencia vigorosa e intensa de las concubinas. El acceso está prohibido a los eunucos, sólo penetra allí el gineceo, y las mujeres se permiten grandes libertades, sobre todo la de la completa desnudez, ofreciéndose las unas y las otras al impudor de la mirada. No dudes de que esos cuerpos y su savia, encendidos por los rigores de la contención para que así ardan lentos a la lumbre imperiosa del deseo, esos ojos ávidos del placer de ver y ser vistos, prorrumpen al fin en un diálogo vivo. Las concubinas se exponen entonces desnudas, rutilantes por su inmersión en el agua, y ostentan los faros de su carnalidad, intercambian mensajes de desafío y provocación, supremacía, sumisión y deseo.

Alrededor de la piscina central de mármol blanco, de donde el agua brota sin cesar, en el ancho espacio embaldosado donde los muchos pilares se apoyan sosteniendo arcadas que confluyen en la gran cúpula, algunas mujeres se ofrecen inmóviles, con los ojos cerrados, a las más íntimas, que las cubren de espuma, centímetro a centímetro, a lo largo de todo su cuerpo. Algunas de las que lavan comienzan por los pies, enjabonando con esmero los dedos, uno a uno, la planta y el dorso del pie, los talones y los finos tobillos, subiendo poco a poco por las piernas y los muslos y acercándose al sexo con grande y prudente lentitud, cual explorador de volcanes que desbroza toda la cartografía del terreno en derredor antes de aventurarse, por fin, en el borde del cráter, deteniéndose tan sólo en el umbral indeclinable del peligro.

¡Que ese Rubicón no sea cruzado! Y, sin embargo, según me confiaron ciertas concubinas, esos baños, mediante lento y circular enjabonado, las transportan siempre al sexto cielo, en el umbral del séptimo, y nada tiene comparación entre los placeres genuinos del harén.

Sí, esa ceremonia representa el momento culminante del día, tanto para la mujer enjabonada como para quien la enjabona. «De ese modo conocemos hasta el último detalle de los cuerpos florecientes de las otras», me dijo hace unos días una de las que lo frecuentaba, «¡y hay mujeres que, acabado

el ritual, tienen todo el cuerpo tan sensible que ni siquiera soportan ser tocadas!». Finalmente, se aclaran con agua, ya entrando en la piscina, ya usando las *kebabs*, unas pequeñas tinas de madera. A su alrededor, todo es blanco y negro, los dibujos de las baldosas, el peristilo y las sombras: sólo un trozo de cielo en lo alto y los puntos rojos de *minium*, marcados en la albura de las paredes para prevenir el mal de ojo, rompen esa ola bicolor que asedia la mirada por todos lados y realza los colores humanos.

Cuando Baladine se quitó el peplo y entró en el agua, en la desnudez soberbia de su carne rosada, las que la siguen y admiran, sentadas y reclinadas en las losas del suelo, fueron presa del fuego de su presencia —como brasas vacilantes a las que aviva un soplo de aire puro— y lanzaron a coro sus albórbolas salvajes, gritos de incitación, de regocijo, de furor, de emulación, de deslumbramiento y de fiesta. Por unos minutos, retumbaron entre los mármoles, el agua, la *loggia* y la cúpula, cuyo ojo central recortaba un círculo de azul violento.

Desde el centro de la piscina brota un chorro firme cual soberbio hongo acuático, manteniéndose erecto y pulsando día y noche. A él se acercó Baladine y a él por fin se dio, para tomar, del espeso surtidor, todo el torbellino; el agua subía con fuerza por su cuerpo, lo envolvía, lo penetraba, lo hacía vibrar, lo rodeaba con una efímera y crepitante espuma; y la que junto a sus caderas se había desencadenado, ascendiendo entre los muslos entreabiertos, se agitaba y remolineaba en su vientre, maravilla digna de ver. Experimentando la misma sorpresa, la misma delicia primordial que Afrodita Anadiomene al emerger del torbellino espumoso del océano, así Baladine, poseída por el lúbrico elemento, esbozaba una expresión de gozo sublime y bullía ligera en un ballet portentoso.

Muchas de las *serrailis* y concubinas próximas a Baladine, movidas por un impulso irresistible, se reunieron con ella en el baño. Se recogieron en un instante los cabellos y se confiaron a la caricia de las aguas tremulantes; algunas saltaban en la piscina en acuática coreografía, ligeras gracias

al empuje del agua. Y siendo allí suprimido el tabú de la mirada, cesaba también, se diría, el del tacto… Había, pues, quienes se atrevían a tocar a las de escalafón similar. La joven Nailé, fiel seguidora de Baladine, viéndola a su lado con el agua a la altura del ombligo, no se contuvo: las manos avanzaron hacia ella, los dedos le rozaron los grandes y rosados pezones.

La *kadine* se quedó inmóvil por un momento, quién sabe si por asombro o por placer; entonces una de las manos de Nailé, como si tuviese voluntad propia y se sustrajese a su querer, descendió cual serpiente por el cuerpo de la pelirroja, tanteándolo, y, por debajo del agua, sumergió los dedos en su vientre. En un visto y no visto, la mano de Baladine salió del agua y propinó tal bofetada a la novicia que un manto de rubor cubrió sus mejillas, sus hombros y su cuello, hasta el surco entre los senos. Sonaron albórbolas fuertes de trueno, aunque breves. Baladine permaneció en el baño como si nada hubiese ocurrido; Nailé salió goteando y se envolvió en una gran toalla que le cubrió todo el cuerpo, y fue a ocultarse en una de las cámaras anexas al *hammam*. Pero su atrevimiento no cayó en el olvido ni quedaría impune.

Cuando Baladine salió del agua, se sentó sobre el enlosado que rodea la piscina. Vi cómo las nalgas blancas, frescas y pulposas se achataban sobre la planicie de mármol, confiando a la piedra la forma de las carnes. Presurosas, varias concubinas de su séquito la rodearon y la secaron; pero la *kadine* quería más, quería ser masajeada. Dos de las mujeres que la cuidaban agarraron el *lifé*, esa pulpa seca de calabaza, esponjosa, y con él frotaron toda la piel de la gran pelirroja: una le ludía los hombros y la espalda; la otra, cuidadosamente, los senos, el vientre, los gruesos muslos. Cuando todo el cuerpo enrojeció por el contacto de la esponja, Baladine se tumbó en un colchón rígido, y una esclava la masajeó con los pies: el pie negro de la esclava, delicado al principio, firme al final, fue recorriendo los hombros, la espalda, las nalgas aurorales de la *kadine*, que suspiraba disfrutando del rudo trato. Se volvió entonces apoyando el dorso en la baldosa, vio la cúpula y, en su

centro, el recorte de cielo, cual luna llena azul, a plomo sobre ella; ya la nubia aplicaba el pie sobre su pecho y, por fin, sobre su pubis. Pero, al sentir que tocaban los labios de su sexo, soltó una mezcla de gemido y risa y murmuró: «Basta…, ya está, ya está bien…».

La negra retiró el pie y se fue. Tres concubinas colocaron toallas sobre los hombros de la *kadine*, que, lánguida, se había reclinado en una mecedora. Le llevaron y le aplicaron la arcilla fina y perfumada que suaviza la piel del rostro. Cuando terminó la aplicación, apareció el semblante tan bello de Baladine, con sus ojos, áureos y almendrados, sus labios turgentes y rojizos, en cuyas comisuras se inscribía un asomo de deseo. Después, la *kadine* se incorporó, la cubrieron con una túnica y un turbante de tupido lino con astros bordados en oro, y salió rodeada por sus más íntimas —excepto Nailé, que había desaparecido— hacia sus aposentos. Andaba con una serenidad y una gracia inimitables; parecía ir distraída, hermosa y bien firme. Sólo entonces comenzó el *narguilé*, tiempo de convivencia libre después del baño, con conversación, chismorreos, insinuaciones satíricas, confidencias y risas. Alrededor de la vasta concha octogonal que día y noche arrojaba agua, irrumpieron retazos de confesiones en voz baja, entre risas sofocadas; después subió la intensidad, a golpe de explosiones de risa, prolongándose hasta que el son repetido de un gong anunció la hora de la cena.

Ya era de noche cuando Baladine me hizo llamar, enviando a una de las mujeres que la adulaban: «La *kadine* te solicita…». Subí a sus aposentos y la encontré vestida con una túnica negra, ligera, que le dejaba desnudos los brazos y los hombros; había recogido sus cabellos en una gruesa trenza y se había puesto en la frente una diadema de piedras del color de sus labios. Me dio las gracias por haber acudido y me pidió que fuese testigo de todo lo que iba a pasar. Momentos después llegó Nailé escoltada por dos esclavas, que se retiraron a un gesto de la *kadine*. Nailé hizo una pronunciada reverencia, sus labios tocaron casi las rodillas de Baladine, y con las manos dibujó un *temená*[4], que repitió

para mí.

—Te atreviste a tocarme los senos, y te perdonaría. ¡Pero tu mano osó recorrer mi cuerpo y abrirme el sexo, ante todas las mujeres, en el *hammam!* En la piel lo pagarás…

El rubor invadió a Nailé, que sólo pudo balbucear:

—Un *djin*, uno de esos espíritus del *hammam* de inteligencia maliciosa, entró en mí y dirigió mi mano incauta…

—Serás flagelada por mi propia mano, lo cual es un privilegio, puesto que podría ordenar que te castigase la mano de una esclava…

Llamó a Djemilé, que trajo un cesto de mimbre donde había reunido ya lo necesario: máscara y guantes negros, las ligaduras, una sábana de lino y, sobre ella, el flagelo, grueso y sinuoso como una serpiente.

—Djemilé, vamos a donde ya sabes. Tú, Nailé, ven con nosotras. La *kehaya* mayor tiene la benevolencia de acompañarnos y servir de testigo.

Djemilé fue delante, seguida por Nailé, cabizbaja, por mí y por Baladine, que me hablaba de las codicias secretas que hervían en el harén. Entonces me hizo una confidencia en francés […][5] y me confesó cuánto le agradaba flagelar a alguna de las mujeres de su séquito que hubiese cometido una falta: «Siento la excitante euforia de azotar a una de esas mujeres, con la condición de avivarle también una intensa voluptuosidad. Sé cuánto y con qué intensidad vibrará Nailé al ser fustigada por mi propia mano, y cómo deseará que no cese una y otra vez…».

Llegamos a una zona de la torre-gineceo que yo desconocía. Baladine sacó la llave de una trampa disimulada en el suelo, y la propia Nailé, acuclillada, la abrió: daba a una escalera de caracol, tallada en piedra, que se sumergía en las profundidades de la tierra. Djemilé avivó el fuego de un hacha resinosa y nos guió mientras bajábamos por aquella angosta escalera en espiral. No sé decirte cuántos escalones pisamos; comencé a contarlos, habíamos descendido bastante, y quedaban aún ciento cinco. Sentí un leve vértigo cuando llegamos al final. Habíamos desembocado en una cueva

tallada en piedra calcárea: un cubo abierto en la roca, emparedado bajo los cimientos del palacio, en el que sólo destacaba un hachero de metal y una robusta viga fijada en las paredes, que cruzaba aquel espacio por encima de nuestras cabezas.

El silencio tenía algo de asfixiante; se sentía que la tierra absorbería cualquier sonido que se produjese allí, destinado así a nacer y morir en aquel antro. Djemilé colocó la antorcha en el hachero, y la luz oscilante reflejó nuestras sombras por las paredes desnudas. Baladine se colocó enfrente de Nailé, la miró con insistencia, la hizo estremecer y bajar la mirada. La *kadine* le dijo con voz pausada, soberana, severa: «Entrega a Djemilé tus adornos, deja en este cesto todas tus ropas y ofrécete completamente desnuda, como esta tarde en la fuente del *hammam*».

Nailé, sabiendo a lo que iba, de tan sumisa no había llevado joyas. Lentamente se despojó del fino peplo que vestía y lo lanzó al cesto de mimbre: surgieron sus senos jóvenes, blancos con aureolas negras y finos pezones. Aún más despacio se quitó las sandalias; por fin, el calzón, y se ofreció tal como se le exigía. Baladine le recogió los cabellos abundantes y agitados con ambas manos y se los ató con un bramante junto a la nuca. Nailé, imitando un gesto de la *kadine*, extendió las manos juntas. Djemilé las amarró enseguida con las ligaduras, con movimientos delicados y nudos firmes. Baladine señaló la gran viga fijada sobre nuestras cabezas, y Djemilé arrojó por encima de ella la cuerda a la que había fijado las ligaduras, tiró del otro extremo, tensó la cuerda de manera que los brazos de Nailé quedasen erguidos y fijos, y con un nudo simple y fuerte la sujetó.

Entonces, Baladine se puso la mascarilla negra, sujeta a la nuca por un elástico, y se ajustó los guantes negros, que contrastaban con la blancura de sus brazos. Sostuvo el látigo, lengua de cuero flexible pero firme, que probó en la pared de piedra dejando oír sus chasquidos secos. Nailé se retorció y soltó un gemido: «No, en mi cuerpo no», suplicó.

—No dejaré incólume ninguna parte de tu cuerpo. Voy a

flagelarte con este falo donde y como me apetezca. Gritarás, y tus alaridos de dolor serán como serían los prohibidos para ti, los de placer. Ya puedes gritar cuanto quieras, que tus chillidos serán ahogados por las paredes de esta cripta.

Realmente el vergajo era un falo de burro, seco, estirado y suavizado. El tallo era del grosor de un pulgar, largo como la distancia del codo a la punta de los dedos de una mujer. Baladine lo sujetó con firmeza por la empuñadura, y paseó el cuero del látigo por los senos y el vientre de Nailé, para que ésta sintiese su tacto. Giró entonces por detrás de ella y comenzó a azotar acompasadamente sus nalgas. A cada chasquido del látigo, la concubina soltaba un grito gutural y ronco, y un verdugón la surcaba. Desde las nalgas, el látigo buscó el lomo, después el resto de la espalda, los hombros, bajó hasta los muslos, volvió a las nalgas. Lento y obstinado, recorría el cuerpo de Nailé.

Baladine se puso frente a ella, la vio resistirse como si quisiera liberarse. La luz de la resina incandescente iluminaba de refilón el cuerpo de la concubina, dibujando sombras en sus concavidades. Baladine azotó sus caderas y el ombligo, los brazos, las axilas, los senos. Entonces los gritos roncos se hicieron más agudos y, en verdad, ¿cómo distinguirlos de los gritos de placer?

Frente a la llama, los ojos de Baladine, bajo la máscara oscura, resplandecían como las piedras de la diadema. Percibí su propio fuego y cómo, a medida que *flagelaba el cuerpo de Nailé, manera muy íntima de explorarlo y conocerlo*, se embriagaba y la fustigaba con más ímpetu. Dirigió por fin los golpes de aquel falo al vientre de la novicia, fustigándolo con una furia mal contenida. La concubina había juntado los muslos para protegerse, temblaba y soltaba un aullido doloroso a cada nuevo golpe, como contrapunto a los chasquidos del látigo. Sobre su cuerpo, en largos arabescos, se inscribía la indescifrable escritura. Hasta que, agotada por la emoción de flagelar, y no viendo más piel libre adonde dirigir sus golpes, Baladine tiró al suelo el falo-látigo, se libró de los guantes y de la máscara: bajo la diadema, tenía el rostro inyectado, los ojos chispeantes y los cabellos

desordenados.

Djemilé desató la cuerda, la bajó de la alta viga y deshizo el nudo que la sujetaba a las manos de Nailé. Ya en el suelo, esparció un ungüento para aliviar el dolor de aquel cuerpo fustigado, apoyado ahora sobre sus manos y sus rodillas. Después, mientras Nailé aún tiritaba, la cubrió por completo con la sábana de lino.

—Sé que este castigo te acercará a mí —anunció Baladine.

—¡Oh, sí! —exclamó jadeante Nailé, entre la risa y las lágrimas, arrodillada, envolviendo las caderas de la *kadine* en un abrazo.

Comprendí entonces la confidencia inicial de Baladine sobre la flagelación de sus seguidoras y me di cuenta de que, en el límite, podía tener reciprocidad… La piel de una mujer es la gran dádiva de Eros: en cada centímetro, el éxtasis dormita en turbio pliegue oculto entre placer y dolor. Al final, toda la disciplina del Serrallo prueba hasta qué punto la sumisión (la propia palabra islam, en árabe, significa sumisión) se afirma en la libido y de ésta se alimenta.

De allí salimos como si nada hubiera ocurrido, devolviendo la extraña cripta al silencio. Baladine permitió que Nailé pasase aquella noche en su habitación, en una cama sencilla, atravesada frente a su amplio lecho, como una perra fiel se acuesta suspirando a los pies de su ama. Y cuando hoy, dos días después de la flagelación, encontré a Nailé, ya recompuesta, y le pregunté si la ceremonia la había apartado de Baladine, me afirmó con énfasis que no, que ser azotada hasta tal punto por su mano había despertado en ella un dolor y un placer excelsos, y la había hecho sentirse como poseída por la *kadine*, a quien amaba de ahora en adelante con la violencia mística del deseo.

Así, amado Pierre, me despido afectuosamente.

Tu Denise

Tercera carta

18 de abril, en el corazón del Serrallo

Adorado Pierre:

¿Cómo lo has pasado? ¿Qué has hecho? Sufro porque las cartas se demoran mucho por el camino, y siempre se insinúa alguna incertidumbre en ese pliegue doloroso del tiempo que, en su ocultamiento, me inquieta.

Hace días, por voluntad expresa del Sultán —fiel a la balanza de tantos contrapesos que existen en el Serrallo—, tuve que reunirme de nuevo con los grandes burócratas que de lejos rigen la administración palaciega y aseguran sus vínculos con el mundo exterior. La economía del Serrallo se encuentra al fin con la economía de la libido, como el torrente opaco de un afluente lodoso se vierte en las aguas cristalinas de un río de delicias, enturbiándolas un poco. De vez en cuando tengo que conversar con esos señores, sahs, visires, bajás, cadíes y jefes militares. Entonces, uno de los soldados de la Guardia Negra del Sultán me guía hasta la «Torre de los Ajustes», en el ala norte del androceo del palacio, y me encuentro con cada uno de esos diez o doce administradores taciturnos.

Te confieso que apenas los reconozco: tengo dificultad para distinguirlos bajo las capuchas, siempre caladas, de los albornoces, tras los lentes de cristal oscuro que nunca se quitan, murmurando sus frases monocordes, inflando los valores de sus contabilidades, inclinados sobre las páginas de los grandes libros de registro cuajados de números. La proximidad de una mujer les molesta irremediablemente, pues nos consideran impuras. Sus modales esquivos y rudos contrastan con la delicadeza constante y las maneras refinadas del Sultán.

El más penoso de esos contactos es con el comandante de la banda de raptores, el visir Tarig —literalmente, «el que conoce el camino»—, que desde hace años trabaja para el Sultán. Antes de verlo, suelo visitar (simple medida de cautela que me alivia) a nuestro embajador en este país, lo que me depara un paseo por la ciudad, dejando por algunas horas el ambiente mágico, envolvente, a un tiempo cautivador y opresivo del Serrallo.

Me vi, pues, con ese jefe de una cuadrilla de hombres absolutamente desprovistos de escrúpulos que reaparece en el palacio de vez en cuando. Vestido también con albornoz, como los otros administradores, Tarig mantiene vínculos oblicuos con militares y paramilitares, y su función es la de reconocer, detectar y por fin raptar a mujeres bellas para nuestro harén. Una vez que una mujer joven y hermosa es señalada, el grupo entra en acción: recogen informaciones, siguen a la elegida, la espían, anotan sus trayectos y horarios, y un día caen sobre ella y la sustraen de la red social a la que pertenece para llevarla a la telaraña del Serrallo, de donde ya no vuelve a salir.

No pienses que sólo actúan en las montañas del Cáucaso, en aldeas remotas de la Capadocia o en los oasis de Nubia. Incluso en la ciudad perpetran también sus raptos, y nadie puede afirmar quién fue o cómo sucedió, ni mencionar el respetable palacio como el destino de las raptadas. Se habla de la cuestión durante algunos días; la familia, deshonrada, rechaza a las desaparecidas, y pronto el olvido, como un torbellino de polvo del desierto, cae sobre el asunto, cubriéndolo de un perpetuo mutismo. Cuando una mujer raptada llega al palacio, me entrevisto con el gran raptor, como sucedió ayer. El me da indicaciones sobre el origen de la víctima, su familia, su pasado. Me corresponde entonces volver al gineceo y recibir a la novicia, protegerla, consolarla y después entrevistarla largamente, preparándola para la vida que la espera en la Casa de la Felicidad. Por fin, he de observarla con toda minucia, alma y cuerpo, y medirla, examinarla y dibujarla desnuda en posiciones diferentes y expresivas, para que todos los datos figuren en el Libro del

Serrallo que custodia el Sultán, y al que sólo nosotros dos tenemos acceso. Pues así, consultándolo, muchas veces convoca a su antojo al lecho real a esta o a aquella mujer.

Nazik-Edá, la última víctima de la violencia del visir y de sus hombres, fue raptada en una calle de la medina, hacia donde había salido muy de mañana con su hermano. Distrajeron a éste, y, cuando se volvió, su hermana ya había desaparecido para siempre en el laberinto de callejuelas del *suq*. Según la información de Tarig, que dirigió todo desde la distancia, tanto en el tiempo como en el espacio, Nazik-Edá tiene veintidós años y pertenece a una familia de clase media; estudiaba en una escuela coránica y debía casarse en fecha próxima. Se sabía de su belleza deslumbrante, y ese rumor la condenó. Ahora tengo que lograr su confianza, mostrarme su aliada en un lugar al que llegó por la fuerza y cuyas reglas misteriosas y meandros obscuros no hacen más que asustarla.

Nazik-Edá acababa de llegar al harén, envuelta en tupidas vestiduras y con el semblante totalmente cubierto, escoltada por dos eunucos, a quienes se la confió una mujer que participa en los raptos, para velar por el pudor de las raptadas hasta su entrega. A aquella hora de la mañana, el *hammam* estaba desierto, y mandé que la condujesen allí, encontrándome entonces con sus ojos negros asustados, de una dulzura sin límites y que reflejaban terror. El agua, que fluía lenta y alegre, podría apaciguar su pavor, la crispación, la inquietud, la angustia; pero la joven no la percibía, ni veía los arabescos que animaban su superficie. El eunuco mayor le había dicho (y habían sido las primeras, además de nefastas, palabras que había escuchado dentro del Serrallo): «La barrera entre el harén y el *salemlek*, entre la mujer y el hombre, es tan firme como el muro Elaraf, levantado entre el infierno y el paraíso. Sólo los eunucos, desprovistos de vigor, pero no de poder, pueden traspasarla sin riesgo». La joven se sentía arrastrada a un abismo: maltratada por sus raptores, arrebatada de su casa, de su familia, de su novio y de los más dulces proyectos, secuestrada por gente hostil, lanzada allí sin esperanza de evasión, rodeada desde el principio por eunucos negros y deformes —clase extraña, que no había

conocido antes y ya detestaba— y por mujeres expertas en las cosas del Serrallo que, según suponía, sólo podrían ser enemigas. Todo ello la condujo a un profundo abatimiento. Cuando desvelé su semblante y la liberé de las ropas más pesadas, vi cómo su bello rostro traslucía angustia, cómo entrelazaba sus manos, como si a falta de cualquier apoyo se agarrase a sí misma, y, bajo sus espesas cejas, los ojos negros, bajos, fijos pero ardientes, reflejaban la desesperación.

Entonces vinieron dos esclavas, que desnudaron sus bustos de ébano para bañar a la recién llegada. Ya la había preparado para eso. Una vez libre de todas las vestiduras, conduje a Nazik-Edá, pudorosa en extremo, hasta el centro del *hammam* para el baño lustral, primer rito de la ceremonia iniciática de la recepción. ¡Qué bella era!, con sus senos pujantes, sus caderas anchas y cóncavas como velas al viento, el cuello largo y abundantes cabellos ondeando aún más allá del ombligo, hasta el extremo de los dedos cuando los brazos se abandonaban. Su aparente delgadez resultaba desenmascarada al quedar desnuda. Vestida con las ropas del harén, su silueta se refrescaba y toda ella adoptaba un aire juvenil.

Me ofrecí para presentarla a las mujeres del gineceo. ¡Que contase conmigo! Le llevaron compota de pétalos de rosa en señal de bienvenida: apenas la probó. Le hablé entonces de los primeros días y reglas del Serrallo, del bienestar que le esperaba, de la dulzura de tantos rituales, de la amistad segura con otras novicias y concubinas del harén, jóvenes y amables; le hablé brevemente del Sultán, de sus cuidados y benevolencias. Y cuando a cambio pude oír su voz, grave y un poco ronca, entendí por qué la joven encendía tanto las fantasías del deseo y tan grande era su fama. No probó la pequeña refección que le trajeron, aunque sí el té de menta. Escuché lo que quiso decirme y en todo la aprobé.

Sólo al día siguiente, con la ayuda de una *serraili* de su edad ante quien la había llevado la víspera, y a la cual le dije: «Nufissa, aquí tienes a Nazik-Edá, que acaba de llegar: enséñale las horas dulces del harén», la guié hasta una sala privada del *hammam* para explorar, tal y como me

correspondía, todo su cuerpo. «Abandónate», le dije, «al afán de mis manos, a lo que en ti se atrevan…». Nufissa apostilló: «La *kehaya* debe recorrer todo tu cuerpo, como lo hizo con cada una de nosotras. Es su trabajo, son órdenes del Sultán… No te muevas, no te hará daño…». Exploré primero su nuca, todos mis dedos se sumergieron en sus tupidos cabellos. En los senos altos y blancos, cuya firmeza palpé, los pezones, creciendo al contrario, marcaban su lugar mediante pequeños cráteres en el centro de aureolas marrones. Los tanteé con la yema de los dedos. Entonces separé sus muslos, para que me cediese todos sus secretos. Nazik-Edá suspiró y una primera sonrisa, aunque contrahecha e incompleta, animó sus labios. Después la dibujé a carboncillo, acostada y apoyada en los codos, finalmente sentada, y la punta del carbón trazó el cuerpo esbelto, del que sobresalían sus formas sensuales. La pena es que la voz no se dibuje y su timbre no pueda reproducirse…

Los noviazgos en Oriente son tan púdicos y distantes, la boda tan ajena al placer, que Nazik-Edá olvidó pronto a su novio, al que apenas conocía y cuya relación había surgido de un acuerdo de conveniencia entre las dos familias. Por ello, transcurridos sólo cuatro días desde su entrada en el Serrallo, y tras ser el Sultán alertado por mis dibujos y comentarios, la solicitó sin más dilaciones para su lecho.

Llevé a la novicia por el Camino de las Flores, pasillo que conduce a las puertas de bronce de la habitación del Sultán y que está adornado con una fila sinuosa de ánforas de orígenes y formas variados, cuyas sombras, proyectadas en la blanca pared, forman verosímiles siluetas de mujer. Me quedé junto al sultánico tálamo, porque el Sultán así lo quiso. Susurré unas palabras al oído del soberano y él asintió con un movimiento mínimo de la cabeza. Tal vez Nazik-Edá viera en ese diálogo las turbias complicidades entre el poder y el secreto, mas sólo se trataba de una sugerencia para aplicarle un ungüento que aplacase la sequedad que el miedo imponía a los labios de su sexo. La instalé en la posición precisa que el Sultán me había indicado, con el pliegue glúteo nivelado por el borde de la cama; y después que desceñí sus rodillas, pasé

una fina capa de aceite balsámico en el doblez más oculto de su cuerpo.

Viendo la crispación de la *serraili* y la excitación viva del Sultán, con el impetuoso sable ya erguido frente a la delicada zona, quise incluso interponerme, prepararla un poco más y que, aliviando su aflicción, su rasgadura fuese más suave. Pero el Sultán ya estaba entre sus muslos, falibundo, le había agarrado las caderas con denuedo, y el soberbio alfanje se deslizó entre los ungüentos y se sumergió a una profundidad impresionante. Un grito ronco, quejumbroso y largo celebró la desgarradura; pero, más allá de los pétalos, el Sultán quería frutos, y mediante el *staccato* violento de los riñones soltó por fin su simiente, lluvia soberana. Sin embargo, antes de esa conflagración, la mueca de dolor de Nazik-Edá se había transformado y había dado paso poco a poco a una máscara seráfica, preludio a la eclosión de la voluptuosidad.

Pasaron algunos días después del episodio del desfloramiento de la novicia. Cada tarde el Sultán la reclamaba, pidiendo siempre mi presencia: que me quedase por allí mirando las posturas cambiantes del amor, el entrelazar de los cuerpos, los beneficios del deseo; que multiplicase los dibujos de escenas y momentos de amor como me apeteciese. Ayer, después de un largo trabajo, habiendo regresado con Nazik-Edá del territorio del Sultán, cuando llegamos a la Casa de la Felicidad, me dormí sobre un canapé sin dueño. No me desperté hasta la hora de la gran luz. Aún me dominaba una leve somnolencia y, a través de esa cortina traslúcida, oí las voces y las risas claras de dos concubinas.

—¿Qué debo hacer, finalmente? —preguntaba Nazik-Edá a Nufissa.

—Quedarte inmóvil, tal como estás, con ese calzón bombacho, y esperar a que el Sultán, esta misma tarde, te llame de nuevo…

Y después de un silencio:

—¡Todas piensan que es insaciable! Cuando yo llegué aquí, me requirió tres veces seguidas. Y después, cuando ya desesperaba (habían pasado dos lunas), me convocó de nuevo

tres noches más… Se dice que los matemáticos prevén el rumbo de los astros, los días en que se acercan, se cruzan y se eclipsan; pero las predilecciones eróticas del Sultán son imprevisibles, ningún cálculo logra anticiparlas. Sólo la *kehaya*, esa mujer extraña, tiene sobre él y sus elecciones una gran influencia…

—A mí me llamó tantas veces y con tanta porfía que me duelen las caderas, los muslos y los riñones, me cuesta incluso andar…

—¡Qué afortunada eres! Si le dieses un hijo, podrías acceder al estatus de gran concubina, tal vez incluso de *ikbal*, si fuese un varón…

—¿También fue Baladine odalisca y esclava?

—¡Claro! Se convirtió después en gran odalisca y, un día, en *kadine*. Pero qué bella es, qué desenvuelta…

—Espero que no tenga celos de los requerimientos del Sultán, de los regalos que me ha hecho en días tan breves y tan extraños…

—Baladine fue pedida centenares de veces, y el Sultán la colmó de obsequios reales. Sin duda, la quiere aún más que a la sultana.

—Qué extraña es la *kehaya*… Es blanca, bien lo sé, tiene actitudes libres con hombres y mujeres… Pero hasta qué punto el Sultán la quiere a su lado, cómo le gusta tenerla cerca…

—Es pura esfinge. No hay modo de descifrarla.

—El harén se altera, es la hora del *hammam*.

En ese momento los ojos de Nufissa se fijaron en los pezones hundidos de Nazik-Edá.

—¡Ah, tus pezones son prodigiosos! Qué capricho de la naturaleza, qué excitación… ¡Se sumergen en ti y hay que despertarlos!

—Creía que resultarían desagradables y que sería repudiada la misma noche de bodas…

—¡Oh! Retraídos, se excitarán al ser acariciados y brotarán vivos como animales que salen de sus madrigueras.

Nufissa llevó de la mano a Nazik-Edá hasta el *hammam*, en donde todas las mujeres confluían. Allí les contó a las del

grupo de la *kadine* el caso de los pezones subterráneos de su amiga.

Nazik-Edá se ruborizó de vergüenza y de placer. ¿Cómo podían admirar sus senos? Nufissa llevó sus labios hasta los hoyuelos, desplegó su larga lengua de gacela *gerenuk*, lamió los dos pezones dulce, diestra, lentamente: y así se irguieron saliendo de sus hoyuelos, finos y sensibles. Al poco, Nufissa paraba y los pezones se retraían y se sumergían de nuevo en los senos de la novicia. Luego volvía a comenzar, la lengua enorme y curvada se deslizaba sobre ellos, despertándolos de su sueño inmemorial.

Nazik-Edá jamás había vivido tan intensas sensaciones ni había experimentado tanto fervor. Las otras mujeres observaban de cerca aquel juego, incitándolo ya con albórbolas estridentes, animosas y alegres.

Tales son, querido Pierre, los ritmos del harén: ora ardientes como el fuego que se expande, ora lentos y dulces como el agua que fluye. Dulce y encendido es mi amor por ti.

Denise

Cuarta carta

10 de mayo, en el Serrallo

Querido y afortunado Pierre:

Por amarte tanto te cuento, como Scherezade, una bella y extraña historia.

Así como, cuando leemos literatura, pasamos muy deprisa de un libro a otro para volver al primero o, por el contrario, nos detenemos cautivados en un texto, y no podemos soltarlo sin una sensación de pesar y renuncia, así también el Sultán ora convoca a su lecho a sucesivas concubinas, saboreando sus estilos, formas, olores dispares; ora se obstina en amar porfiadamente a la misma amante que, continuamente, despierta en él ímpetus renovados. Esa suprema odalisca es ahora Baladine, tan experta en avivar su deseo —con sus múltiples ángulos que se reflejan en los espejos que le presentan las esclavas— como mil concubinas de la mejor raza. Pero el soberano sigue recibiendo a la sultana, que detenta gran poder sobre el gineceo (es *haznedar*, tesorera del harén, atribución propia de aquella a quien le incumbe el estatus femenino más elevado en el Serrallo), si no sobre su propio esposo. Habituada desde hace mucho tiempo a recibir a tiempos regulares la sultánica dádiva, un faro de deseo la consume y le impone que, al menos dos veces al mes, en los cuartos de luna, el Sultán inflame y en definitiva sacie su carne real, que reivindica esos mínimos derechos.

Sobre ese telón de fondo, la vida secreta del harén se animó en las últimas semanas con un episodio que yo había supuesto imposible. Éstos fueron los hechos: hace mucho que al Sultán le gusta reunir en el lecho a dos mujeres a la vez, uniéndose a una y a otra, dejando a ésta y volviendo a la primera, y así sucesivamente, como en un juego cuyas reglas

aún no se han inventado. Su sólido sable ensaya su entrada en dos vainas distintas, abandonándose a la que mejor se ajusta. Se trata siempre de *serrailis* o de concubinas de estatus medio. Hace no más de una luna me convocó y me expuso el arriesgado plan que urdió su ingenio, sin duda acicateado por fantasías premonitorias: reunir en su tálamo, al mismo tiempo, a la sultana y a la *kadine*…

El proyecto, tal como me lo expuso, me pareció rayano en la insensatez, y le expliqué, en términos de la más apurada diplomacia, cómo y por qué lo consideraba imposible o de muy difícil realización. Ni siquiera así pude disuadirlo. Atraído, casi obcecado por esa idea, comenzó a pergeñar el escenario propicio para volverla viable. Discutió conmigo, paso a paso, los pormenores, analizando los pros y los contras de cada caso. Informado sobre las tensiones en el harén entre los dos grupos, el de la sultana Niktérine y el de Baladine, el Sultán propuso una *pax romana* que se celebraría en el lecho, juntando allí a las representantes de las partes implicadas. Pero ¿cómo reunir, tal que en un torneo, a aquellas dos carnes incompatibles, regidas la una por la soberbia, la otra por la petulancia, y marcadas ambas por la violencia del deseo? ¿Cómo convivirían en tan extremo agravio las carnalidades de esas dos mujeres rivales por excelencia, lascivas y altivas cada una a su manera? ¿Cómo se acostarían desnudas con el mismo hombre, que es al fin y al cabo la verdadera manzana de la discordia entre ellas, tanto por vivos celos sexuales como por razones de honor, de estatus y de poder? Y si la reunión finalmente se diese, ¿adoptarían ellas un gélido pundonor u optarían por una voluptuosidad conquistadora?

Yo misma me quedé absorta reflexionando sobre las consecuencias de tal unión de elementos químicos reacios a la combinación o, en todo caso, explosivos si se los forzara a mezclarse. Si llegaran a juntarse en el lecho del soberano —me preguntaba— los cabellos canosos y la piel pardusca de la sultana, con los rizos rojos y abundantes y el cutis rubicundo sobre fondo rosado, como de nieve al sol naciente, de la *kadine*, ¿cómo chispearían, al cruzarse, los ojos negros

relampagueantes de la una y los ojos verdes y narcisos de la otra? ¿Quién llegaría primero al encuentro? ¿Cómo se saludarían? ¿Quién expondría primero su desnudez? ¿Hablarían? ¿Permanecerían silenciosas en augusto y mutuo enfado? ¿Conservarían los fuegos de la libido, en tan insólita convivencia? ¿Se quitarían las joyas? ¿Llegarían a despojarse de la ropa? Tales eran algunas de las preguntas que me formulé y que, durante largas jornadas, me persiguieron.

El Sultán redactó y transcribió en unas tarjetas con su sello dos breves misivas. A las invitaciones añadió regalos: un collar de anillos de oro para Baladine, una toca real claveteada de pedrería para la sultana. Decía, en la carta a la esposa morena, que quería amarla cuando la luna dibujase un fino creciente en el cielo de la primavera; y a la odalisca pelirroja le pedía que fuese a ese encuentro en el que, por sortilegio del amor, sería posible consagrar los lazos con la sultana y conseguir al fin la paz en el Serrallo.

Llevé las cartas del Sultán, lacradas con su sello, y atendiendo a su petición las entregué: confié la de la sultana a un aya, que ejecutó un *temená* pronunciado; en cuanto a la *kadine*, me recibió en un amplio salón de sus aposentos, reclinada en un canapé, con un vestido de seda negra escotado en V mayúscula, cuyo bisel dejaba entrever los senos dorados y cuyo vértice apuntaba al ombligo. Junto a ella y sobre una mesa de lapislázuli, suculentas y maduras frutas exóticas formaban una pirámide que tanteaba su mano distraída. Dos concubinas otomanas, con el torso desnudo y calzones bombachos, tocaban, en un redoble lento, estrechos y altos tambores cilíndricos cuyos sones repetidos disolvían un poco las conciencias; una tercera esclava creaba de un oboe tallado en madera de tuya, semejante a los de los encantadores de serpientes, un hilo melódico que serpenteaba por el aire, por los cuerpos calientes, por el soberbio cuerpo entreabierto de la *kadine*, sobre sus muslos, entre sus muslos, rumbo al venusiano monte que sobresalía, rumbo al éxtasis postergado.

Baladine sostuvo la carta, la abrió, la recorrió con los ojos, se sonrió, la leyó de nuevo y me preguntó sin mirarme:

«¿Cree que será viable, que la sultana aceptará el reto? ¿Con su imponencia? ¿Con su importancia? ¿Con la piel amarillenta, los senos…, aquellos senos péndulos? ¿Tan lerda y tan solemne?». Entonces, me miró y me ofreció sus frutas. Sólo me dijo: «Yo escribiré al Sultán».

Poco después, Niktérine me convocó: iría a la gran fiesta, ponía como única condición que estuviesen solas, ni esclavas, ni otras concubinas, ni, claro está, la gran *kehaya*… Además, nadie sería informado del encuentro, ni antes ni después de tan áulico sarao; sería un bacará que se jugaría sólo entre los grandes del Serrallo.

Los ojos del Sultán despidieron el fuego de la sorpresa y del júbilo. Al otro día llegó una misiva de Baladine: que sí, pero sin testigos y sin romper el sigilo; que el harén jamás supiese de tal encuentro y sus circunstancias. ¿No es el secreto la llave del poder? «Secretamente», añadía, «hace mucho que deseo comparar mis caderas con las de la sultana y ha llegado la hora». Improbable maravilla: ¡las dos respuestas concordaban y eran casi coincidentes! Yo esperaba la oposición irrefutable de ambas esposas, o tan sólo de la sultana, pero me equivoqué: el Serrallo no me resulta aún tan familiar como para dejarme predecir lo esencial…

Al principio, no entendí, amado Pierre, si la estrategia de la libido mandaba aquí sobre la de la guerra, o viceversa, hasta que comprendí que, en el Serrallo, forman dos caras de un mismo diamante, el único en juego en el poder de la libido y en la libido del poder; tampoco discerní enseguida si en el Sultán predominaba el deseo estratégico de una conciliación o el deseo ávido de un juego en el que todos apostaban altas sumas, y la fortuna de las jugadoras saldría alterada para beneficio del banquero. Pero los preliminares estaban decididos, restaba esperar el día y la hora en que, alto en la noche, un creciente de luna, suspendido sobre las cúpulas distantes de la gran mezquita de la ciudad, llegase a engastarse en la ventana de la habitación del Sultán.

Fue entonces cuando el Sultán me hizo la más inesperada de las propuestas: ¡que, en contra de las reglas acordadas, yo asistiese secreta y clandestinamente al torneo! Sí, el secreto

es poder; por ello, el secreto sobre la transgresión del consensual secreto sería doble poder…

—¿Cómo podré hacerlo? —respondí asustada—. Mi seguridad correría un gran peligro.

—Ningún peligro. Además, mi poder la protegerá siempre. Basta con que se instale cómodamente en el vasto espacio sombrío que queda detrás de la celosía, a pocos metros del lecho… ¡Le pido que lo haga! Su presencia, aunque oculta, me dará confianza, y después podremos poner en común lo que ha visto y ha oído. Allí en la sombra, como en un teatro, mientras los figurantes actúen a la luz de las velas de este candelabro, que han de arder toda la noche, podrá ver sin ser vista, oír sin que nadie sospeche, cuáles son los grandes triunfos en el juego y en la batalla.

Me llevó a inspeccionar el espacio detrás del enrejado de listoncillos de sicómoro con adornos estilizados. Detrás de las celosías del *mucharabieh* (nombre que engloba tanto a la propia Arabia como a la esencia misma de su pueblo y cultura: escuchar, espiar, observar en estricto silencio), sería Ubre para ver y oír todo el desarrollo del juego que se preparaba, decisivo acaso para los destinos del Serrallo.

Sabes, querido Pierre, que me cuesta encajar esa actitud de acechar a los otros y sus comportamientos más lascivos. Pero así me lo pidió el Sultán, y no niego que me invadió, desde aquel momento, una tórrida curiosidad. De esta guisa, y al llegar el día señalado, me instalé, antes de la hora fijada, en el espacio fresco y penumbroso tras la celosía, y esperé los contornos de lo que ocurriría, por entre mil meandros fantaseados, posibles, imposibles, improbables. En aquella tibia noche, los aromas embriagadores de las flores de primavera embalsamaban el aire; y el creciente de luna —finísimo, rojo, incomparable joya, inaccesible gema—, fiel al encuentro, bogaba en el cielo frente a la ventana que se abría a la derecha de la gran cama del Sultán.

La llegada de Baladine fue anunciada por el ritmo danzarín de sus pasos, que los tacones de sus zapatos marcaron sobre el mármol, y por el tintinear de los brazaletes de oro en sus brazos. Vestía una túnica de tul del color de sus

ojos, con galón de oro del tono de sus cabellos, o quizá más pálido. Sonrió al Sultán y preguntó: «¿Se habrá olvidado la sultana de este encuentro y de cuánto se juega en él? ¿Vendrá a mostrarnos los encantos de su cuerpo a la luz de esta luna-filo de sangre?». Dicho esto, al momento sonó la aldaba de la otra puerta e irrumpió Niktérine. Venía con un vestido negro de sublime elegancia y llevaba la toca real de piedras centelleantes. Altiva era la sultana, y sin embargo parecía levemente indolente en los requiebros de la voz, en los ángulos lánguidos de la mirada, en la latencia de los gestos. Se cruzaron las miradas y las sonrisas de las mujeres, más sibilinas que ceremoniosas.

—Alá sea contigo, sultana.

—Y contigo, *kadine*, en estos aposentos que tanto te gusta frecuentar.

—Que sea para provecho del Sultán.

—Y también a ti…

El Sultán se interpuso, con su silueta real y su fino trato:

—Amadas esposas: en la magia de la noche, en la desnudez del lecho, en el calor de la primavera, olvidaréis disidencias y querellas. Que el Serrallo mantenga su unidad.

Así dijo y se liberó del manto real, como haciendo una señal para el comienzo de la ceremonia.

La sultana se quitó la toca de rubíes y se desprendió de los pendientes de perlas, de los anillos, de los brazaletes, de los collares, para guardarlos en uno de los cofres de oro abiertos sobre la mesa de malaquita que había junto al lecho. Sacó entonces una cadena oculta en el interior de su vestido, que rodó y cayó a sus pies, dejándola completamente desnuda: ¡y qué bella aún se la veía! Alzó las manos y se quitó un gancho invisible de marfil que sujetaba la trenza enrollada en espiral, desplegándose ésta sobre sus hombros. Baladine la miró atónita: no preveía tanta belleza en el porte, seguridad en los gestos y atrevida decisión. Apenas había comenzado a desprenderse de sus joyas y ya la rival se ofrecía al estro del Sultán…

La sultana encontró al regio esposo entregado a la

excitación de aquel espectáculo tan largamente premeditado y del cual saboreaba por fin el imprevisible desarrollo. Su miembro icónico había brotado desde la llegada de la *kadine*, como una cimitarra turca arrancada de su vaina: en él se sumergió la sultana, sentándose encima, ejecutando una coreografía deslumbrante. El Sultán la agarró de las caderas, subiéndola y bajándola con tal firmeza e ímpetu que el cuerpo de la sultana era lanzado a uno y otro lado cual árbol en medio de una borrasca; su trenza negra con hebras de plata le fustigaba los hombros, y los senos flácidos tremolaban en la tempestad. Cuando bajaba, como llevada por una ola a su mayor declive, una de sus manos se torcía tanteando el escroto rugoso del Sultán y su contenido sólido, fruto ponderable que la mano delicada y presa del frenesí apenas abarcaba.

La *kadine*, por su parte, había calibrado la situación y ya estaba preparada para intervenir. Hincando las rodillas sobre el lecho, se colocó detrás de Niktérine, con una mano agarró firme la trenza, con la otra uno de los flácidos senos, y, en el preciso momento en que la sultana se encabritaba rumbo al éxtasis, los retorció con fuerza hacia el mismo lado, arrancando a la rival de la cimitarra viva que se le entrañaba. Niktérine cayó de lado sobre el lecho, entre espasmos rítmicos, con un grito atonal, convulsa ya, todavía insatisfecha. Creo incluso que oí una imprecación de boca de la sultana… La *kadine* se había preparado diestramente para el Sultán, cuyo abandonado miembro desnudo buscaba la urgencia del acogimiento; así lo recibió, untado con los flujos de la rival, y exultó. El Sultán rodó sobre ella, agitándose rígida y deliciosamente. Se decía que, de tan suaves y elásticas, las entrañas de Baladine parecían forradas de terciopelo…

Desde mi escondrijo se veía el bulto herrumbroso del Sultán debatirse sobre el cuerpo marmóreo de la *kadine*. Arrebatada, la sultana intentó entrometerse, pero fue en balde: el cuerpo del Sultán formaba una barrera tensa, infranqueable, entre ella y Baladine, entre su furia y el regocijo de la rival. Incluso martilló con los puños la espalda

del Sultán, pero él ni la sintió. Oí entonces los vagidos musicales de la suprema odalisca y los breves y rudos ronquidos del varón. Parecía así consumado, en fulgor, el encuentro del Sultán con las dos esposas. Pero, más allá de mi expectativa, un episodio imprevisible prolongaría ese primer acto ejemplar: la *kadine* desfallecía, la mancha rosada de su busto se abandonaba en el regio lecho a la izquierda del Sultán, completando las delicias del amor, aspirando con deleite el sueño que la rondaba.

El rojo creciente ya había atravesado el espacio de la gran ventana abierta sobre el parque primaveral; pero de las seis velas del candelabro se había consumido sólo una parte; las luces aún iluminaban los tres cuerpos yacentes. Entonces, la mano de la sultana, experta de tantos años de lides en el Serrallo y mostrándose disconforme con el resultado obtenido, se movió rumbo a los órganos del Sultán, los animó con hábil maniobra de sus dedos y sintió alzarse entre ellos el portentoso tallo en espléndida turgencia. Se colocó sobre él y repitió la postura inaugural, y por fin logró que se completase en ella la satisfacción y los sultánicos jugos inundasen su vientre. Desde la celosía oí el grito exaltador, «¡Dios es grande!», y me di cuenta de que todo había concluido.

Baladine salió del sueño, se incorporó ligeramente sobre sus codos, en la cama, que las últimas sacudidas sísmicas hacían temblar, y miró con sorpresa, incredulidad, finalmente con desinterés: ya era tarde para intervenir. Sultán, sultana y *kadine* se durmieron uno al lado del otro, desnudos en la tibia noche. Poco a poco las velas fueron consumiéndose, esparciendo su olor resinoso. Las estrellas titilaron, enmarcadas en el alto cristal de la ventana, donde unas luciérnagas rayaron la noche. Me deslicé silenciosamente desde mi rincón hacia un pasillo obscuro, y desde ahí hacia el Camino de las Flores. Pensé entonces que, aunque sólo fuese por su vitalidad inagotable y su verdadero amor a las mujeres, el Sultán se asemejaba al Profeta.

Amable y amado Pierre, de amor también te colmo, de besos te recubro.

Tu Denise

Post scriptum. Roberte me ha invitado a su nueva casa, un chalé en pleno palmeral. Me ha contado que allí ya ha recibido al Sultán (J. Y., como lo llama), que la corteja y le lleva en cada encuentro unos regalos magníficos. Me ha dicho cuánto la atrae el contraste entre la indecisión de su juicio crítico y el referente a la voluntad señorial: seguro de sí como un gran señor, cohibido a veces como un adolescente, «lo que tiene un gran efecto seductor», concluyó.

Cenaron en privado, y el Sultán debió de pasar la noche en el chalé, tales son las leyes de la hospitalidad[6]. Roberte me reveló lo que yo ya suponía: ama a J. Y. en un audaz y caprichoso juego de seducción. Se complace en encontrar a ese hombre enigmático en los escenarios mágicos del Oriente, en huir de él, en reaparecer, en consentir, en esfumarse, en hacerse celar, con unos celos diferentes de los que alimentan las reglas del Serrallo… «J. Y. es como un poderoso predador, presa de su ingenuidad», me dijo, «tal es su encanto».

Le he contado historias provocadoras del Serrallo, vividas entre mujeres (excusado es decir que omití el episodio real que aquí te narro). Ella me ha hablado de su preocupación por cierto malestar palpable entre el pueblo, del cual ha recogido indicios: rumores malévolos contra el Sultán, a quien acusan de negligencia, de ocuparse sólo de su Serrallo, descuidando el bienestar del pueblo y los deberes de Estado; y hasta de libertinaje y poca observancia de los preceptos coránicos…

Lúdica, caprichosa, enamorada, algo intrigante en sus palabras y en cómo las dijo, así estaba Roberte esta tarde[7].

Quinta carta

21 de junio, en el Serrallo

Mi muy amado Pierre:

Prisionera voluntaria de este terrible lugar, te escribo sobre las vicisitudes del deseo y de los celos, fuerzas maestras que observo y arbitro y que aquí son los dinamismos que sustentan todo cuanto ocurre. Pero en este revelarte lo que yo misma testimonio —confidente, a veces cómplice del Sultán — es como si te prestase mis sentidos y mi sentir, presenciando y celebrando así contigo los éxtasis y los riesgos de la lujuria llevada a un clímax arrebatador.

Hace ya algunos días el Sultán consultó el Libro del Serrallo, libro de mi autoría donde dibujo fragmentos de la figura desnuda de cada concubina y describo lo que sé de su cuerpo, de su vida y personalidad, haciendo la taxonomía de sus atributos más ostensibles. El único y altamente confidencial ejemplar de ese libro, encuadernado en tafilete negro donde un hilo de oro forma finos festones, está guardado en el cofre de los aposentos sultánicos, del cual sólo Su Majestad conoce el secreto: está tan vigilado como las mujeres del harén y, al igual que ellas, sólo el Sultán y yo lo podemos tocar.

Cada concubina ocupa en él diversas páginas, que se le van añadiendo, y de las cuales constan: procedencia, edad, estatura y peso; color y suavidad de la piel, de los labios, de los ojos, de las aureolas mamarias; forma del ombligo y de los pezones; color y características de los cabellos (con un mechón natural pegado a la hoja, como un fragmento de planta exótica en un herbario, sugiriendo el todo por la parte); una palabra sobre el timbre de la voz, otra sobre la forma de las manos; indicaciones acerca de detalles

morfológicos (cejas y pestañas, labios, lengua, aletas nasales, párpados, uñas, implantación de la vellosidad por toda la piel, y mucho más). A todo ello se le ha de sumar un sinnúmero de mediciones, siempre obtenidas por mí con el mayor rigor, algunas de ellas extravagantes en Occidente: distancia entre las rodillas separadas al máximo; distancia entre los pezones; pulgadas mediantes entre ombligo y pubis, entre la raíz y la punta de la lengua, entre el hoyuelo de la nuca y el vértice del cóccix, entre los labios de la boca y los de la vulva, etc.; especie de antropometría al servicio exclusivo de la lascivia del Sultán, que en tales datos se inspira para sus elecciones vespertinas. A esos datos se añaden fotografías (que saco cuando es posible obtenerlas) del rostro y del cuerpo entero, según la luz disponible y según los ángulos que me parecen más favorables.

Pero te decía que el Sultán consultó detenidamente ese Libro del Serrallo, *el más secreto de los libros jamás escritos*, que me ha llevado unas cuantas horas de trabajo. Recorrió muchas de aquellas hojas hacia delante y hacia atrás, sopesando sus contenidos, comparándolos, escrutando las imágenes, prestando atención a las medidas y pormenores revelados, deteniéndose aquí y allá, sin conseguir tomar una decisión. Hasta tal punto todo lo cautivaba en el libro, que dejaba los cinco dedos de la mano izquierda marcando páginas interesantes, mientras con la mano derecha pasaba nuevas hojas. Se fijó entonces en unas consagradas a Zaïnab, una concubina de talante reservado y secreto, de formas opulentas, que sólo se la habían llevado para el desfloramiento (¡en esa época, Roberte había aparecido en la vida que el Sultán llevaba fuera del harén!) y desde entonces había quedado sumida en el olvido. Un comentario de mi propia mano advertía: «introvertida, pero sensual; soporta largos rigores de continencia sin alterarse». Y añadía una observación subjetiva, allí completamente inoportuna: «Cuánto tedio, cuánto vigor retenido y deseo reprimido en la carne de ciertas concubinas en sus largos periodos de espera…».

Más tarde, el Sultán me mandó llamar por un eunuco

(soy, en el interior del Serrallo, la única mujer a la que los eunucos no tienen como misión espiar, sorprender o denunciar). Instantes después estaba junto al soberano, atenta a su querer. Me dijo que pretendía amar a Zaïnab esa misma noche y que me quería presente. Me di prisa en informar a la concubina del deseo sultánico. Era una tarde calurosa de verano, una fuerte luz diluía aún la noche, que se hacía esperar. Desde la ciudad, a lo lejos, llegaba el clamor del almuecín convocando a la plegaria vespertina.

Las mujeres salían del *hammam*, desde donde Zaïnab había partido poco antes; circunspecta, no pertenecía al grupo de la sultana ni al de la *kadine*. Cuando entré en su habitación, la encontré sola y reclinada frente a la ventana abierta. Sus anchas caderas sostenían un calzón bombacho, su único vestido, y el torso imponente se mostraba en toda su gloria y su pujanza. Sobre su cuello firme, la cabeza de cariátide dirigía la mirada hacia la ventana, se perdía a lo lejos, tal vez en los contornos distantes de la ciudad, aunque creo que miraba un punto invisible, abstracto, denso, donde convergía la llamada del deseo; y el cuerpo recibía el vaho estival de la naturaleza. Había recogido sus copiosos cabellos en una única trenza, negra y gruesa, ovillada como un zigurat y que aumentaba su porte. Los pesados senos morenos con aureolas negras parecían tallados en pórfido. El talón del pie derecho se apoyaba sobre la rodilla izquierda, y el codo izquierdo se hundía en el lecho, dando estabilidad a su postura y a su meditación.

Cuando me oyó entrar, se volvió lentamente y se levantó para recibirme. Le susurré el mensaje que traía, sentí su fuerte olor de mujer en el apogeo del celo. Informada de lo que se le pedía, sus ojos despidieron centelleos como dos sílex percutidos, pero ningún rubor la coloreó: parecía asaz segura de sus méritos. Luego prendió dos brazaletes de bronce en uno de los brazos, cerró un collar de cascabeles que pendió y vibró entre sus senos, y suspendió gemas de jaspe, como gotas dispuestas a caer, en los lóbulos de las orejas. Se protegió el vientre con un calzón de lino, sobre el cuerpo se echó una túnica de color crema, leve y ancha como

le convenía, bajo la cual abultaron sus sólidas formas, y se cubrió el rostro con un velo del que sobresalían sólo sus ojos. La conduje por el Camino de las Flores y, a su paso, se apocaban las ánforas. Se detuvo y se miró en una superficie con espejos de la pared: se arregló los cabellos, la túnica y el velo, se miró un instante más, juzgando, tal vez, el juicio de los demás sobre su belleza.

Ya en presencia del Sultán, que la esperaba en un sofá de seda junto al gran lecho con baldaquino, Zaïnab lo saludó con un *temená* comedido. Cuando descubrió su rostro y, a la orden del Sultán, se quitó la túnica y se soltó la cabellera, antes erguida a modo de torre, ahora caídos los cabellos lisos, negros y vigorosos en haces espesos que la envolvieron, éste la miró como al fruto olvidado de su vasto huerto. Zaïnab, escondida como la bella perla en el secreto de la concha, se le mostraba al fin en su esplendor. El Sultán comenzó a acariciar aquellos cabellos espesos bajo los cuales brotaba la carne. Ella suspiró de placer, presintiendo el preludio al exorcismo de los demonios que la habitaban y que soportaba con tan solitario estoicismo. Por un momento, el calzón de lino quedó entre las febriles manos sultánicas, que lo desprendieron. Cuando Zaïnab y el Sultán se desplomaron sobre el lecho, la concubina gimió bajo las caricias que recorrieron sus convexidades y luego sus concavidades recónditas. La mano izquierda del Sultán, agitando en rítmicas contracciones el abultado monte de Venus de Zaïnab, era como una gran anémona que pulsaba por el océano ilimitado del deseo.

Yo le había dicho a Zaïnab qué posición adoptar. Aunque la tradición mahometana desaconseja a la mujer que asuma con fines lascivos la posición propia de los animales, apoyando codos y rodillas y ofreciendo a su amante la grupa erguida —¡sólo los extraños y primitivos pueblos de Gog y Magog[8] se unen de ese modo!—, el Sultán aprecia en extremo esa misma postura del cuerpo femenino y consigue de ella los efectos más provechosos. Así se colocó, pues, la concubina. Las caderas de Zaïnab se meneaban despacio cuando el cuerpo del Sultán se abalanzó sobre ella y el

pletórico miembro, cual salutífero arado, la labró a fondo. Luego el cuerpo expectante de la odalisca, presa de vida pronta y viva, se agitó convulso, dándose con frenesí a aquella labor arcaica que al fin lo surcaba.

Tan largamente se le unió el Sultán —con un sismo continuo que sacudía la cama de dosel y con un cántico ronco que se elevaba— que tuve tiempo de tomar apuntes para un esbozo, de esos que el soberano tanto apreciaba en el acto de labrar a sus mujeres, ya fuesen esposas, odaliscas, novicias, siervas o esclavas negras (hasta un edicto de la sultana, que mandó contener a estas últimas con cinturones de hierro). Con mi trazo, realcé el sultánico torso y el fuerte miembro, así como los grandes senos y las caderas vivaces de la mujer de bruces; del vigor de esos trazos resalta aún la trepidación fuerte que hacía vibrar a los amantes.

Cuando fue consumado el acto, los dos cuerpos se despegaron. Entonces, después de una pausa silenciosa, incluso solemne, la daga del Sultán volvió a erguirse, de nuevo deseoso y turgente, y todo se repitió sin debilitamiento, hasta que se sumergieron en el sueño de la noche. Al despertar de la mañana, repitieron lo que ya habían hecho y se separaron. Mientras el Sultán se bañaba en su fuente privada, la *nafura* contigua a la habitación, y se desembarazaba del calor y de los jugos derramados, Zaïnab los retenía preciosamente, cavilando en una germinación real que la considerase como un humus.

Ya el Sultán había ordenado que regresase la *guezdê*: literalmente, Pierre, «la que cae en el ojo», aquella que fue elegida por la mirada, y que corresponde, en el Serrallo, a una concubina de bajo estatus, compañía pasajera. Hice sonar un gong para convocar a una esclava. Antes de que apareciese, Zaïnab me preguntó si el Sultán, su señor, habría disfrutado de su amor, si de nuevo la mandaría llamar y qué podría ocurrir si en ella se formase una vida. Respondí que el soberano, sin duda, había apreciado su unión, y, en cuanto la llamase, yo acudiría de nuevo a informarla. También que si se quedaba embarazada, el Sultán se regocijaría y su estatus de concubina sería acaso elevado: en el Serrallo, todas las

princesas fueron un día esclavas, y las esclavas blancas pueden convertirse en princesas.

La conduje entonces, envuelta en un albornoz turco y calzando babuchas, frente a una puerta de corredera disimulada, donde los azulejos coloridos del *zéligue* estaban divididos por un surco imperceptible. Apoyé las manos en un punto secreto de la pared y con un esfuerzo mínimo hice que se entreabriese una pesada puerta. Zaïnab, pasmada, se había detenido en el umbral del obscuro resquicio. Ya la esclava pedida acababa de llegar. Le alcancé un candelabro de hierro festoneado con una vela encendida; con la otra mano cogió un cesto con el vestido y las joyas de Zaïnab y se aventuró en el negro pasadizo, entrada a un camino subterráneo.

—Sigue a la esclava —le dije a la concubina—. El pasadizo secreto discurre por debajo del palacio, sin desvíos ni ramificaciones, y debes recorrerlo para llegar al gineceo. Al cabo de unos trescientos pasos, subirás tantos escalones cuantos has de bajar aquí y, apoyando la mano en el centro del triángulo reluciente de zafiros, saldrás en medio del harén.

Después del baño, el Sultán conversó conmigo largamente. Luego me invitó a desayunar con él en una terraza de sus aposentos. Me pidió entonces que le leyera un libro a mi elección. Busqué las *Lettres persanes*, y comencé a traducir. Durante toda la tarde leí a Montesquieu y discutí sobre él. En dos o tres ocasiones, las esclavas nubias nos trajeron pasteles y teteras humeantes. Leí hasta la hora del almuerzo y después conversamos sobre lo leído, y seguimos hablando durante la tarde, y aún conversábamos cuando el almuecín llamó de nuevo a la oración, lanzando, ya al atardecer, su llamada ronca y solemne, imprecatoria y quejumbrosa, cantada, clamada, vociferada, perdida en la distancia. Entonces el Sultán quiso repetir con Zaïnab, y yo se la llevé, y todo se consumó como en la víspera, aquel día, y al siguiente, y otros más. Durante cinco noches seguidas el Sultán amó a Zaïnab con un amor candente, repitiendo los mismos actos. No siempre sigue, lo sé, el precepto coránico que me atrevo a traducir como: «Sé que es difícil que seas

ecuánime (en la cama) con todas tus mujeres: pero debes intentarlo. Si no lo consigues, no obstante, Dios es misericordioso. Etc.»[9].

Tras el quinto día del inalterado deseo sultánico por la espléndida concubina, Zaïnab acababa de salir por el pasillo secreto bajo la tierra, y el Sultán y yo aguardábamos la llegada de las esclavas que traerían el almuerzo. El tiempo parecía avanzar en círculos, sólo progresaba la lectura del libro y suscitaba ideas, sorpresas, reticencias. Se admiraba el Sultán de cómo, en Occidente, se habían tejido inverosímiles y bellas fantasías sobre las costumbres de un gran serrallo. Le leí el pasaje donde está escrito:

«Quand je pense aux charmes de cette belle personne (…) je me plais à prévoir
l'étonnement
de toutes les femmes; la douleur impérieuse des unes;
l'affliction
muette, mais plus douloureuse, des autres; la consolation maligne de celles qui
n'espèrent
plus rien; et
l'ambition
irritée de celles qui espèrent encore»[10].

Nos deleitábamos con ese enunciado tan excelso en la forma como excéntrico en la esencia, cuando alguien hizo sonar con frenesí el cascabel de oro de la puerta, solicitando la entrada. Yo misma abrí y un eunuco, encorvado, anónimo bajo el capucho del albornoz, me confió un estuche de plata en cuya tapa estaba inscrita una sura. Lo puse en manos del Sultán, que lo abrió enseguida y de dentro sacó un recorte de papel escrito. Palideció, se le contrajeron las cejas y la comisura de los labios, una arruga de incredulidad e ira le marcó el rostro, con las manos crispadas se precipitó a un cinturón del que pendía un sable y exclamó con voz ahogada de furia: «Zaïnab ha sido atacada en el pasadizo secreto. ¡Corramos!».

Toqué el gong a rebato, con golpes sucesivos, y los sonidos se sumaron y se expandieron pidiendo auxilio. Cogí

un farol y me crucé en la cintura un látigo de búfalo, arma temible. El Sultán ya se había internado en las profundidades del pasadizo secreto que yo alumbraba; ya aparecían numerosos eunucos y esclavas. Bajamos los escalones de piedra, corrimos por el largo y traicionero pasadizo que atraviesa el subsuelo del palacio, del *salemlek* al harén; y entonces, en una dilatación del camino, verdadera cripta que señala la mitad del recorrido, la luz nos mostró —horror— bultos descompuestos, inertes en el suelo. El sable desnudo del Sultán refulgió a la luz de mi lámpara, pero no había a quien combatir, el crimen estaba consumado. ¡Ah, triste sino! Zaïnab, la bella y fogosa Zaïnab, yacía muerta, una profunda puñalada le había arrebatado la vida, su sangre brotaba aún de la tez pálida al plano blanco de la caliza; y, junto a su cuerpo, el cuerpo de la esclava, estrangulada…

Se hicieron mil averiguaciones. Todos los eunucos —a un tiempo jueces y sospechosos— fueron oídos e interrogaron, una a una, a todas las mujeres, a veces con tratos inquisitoriales. Proceso largo y sin gloria, dificultado por la prohibición de que hombres completos traspasasen el umbral del gineceo. Creo incluso que la averiguación de ese crimen tremendo, de causas arraigadas en codicias profundas y corrosivos celos larvados en el harén, exacerbados por la solicitud que el Sultán había brindado a Zaïnab llamándola cinco veces seguidas a su lecho, dejará para siempre a los criminales impunes, y encubierta la circunstancia del crimen.

Admiré cómo, en su quebranto auténtico, el Sultán no perdió ánimo ni vigor. Pasados unos días, me pidió que llamase a otra mujer para su noche: es de una fogosidad genital pujante y ejemplar.

Habían transcurrido siete soles desde el crimen cuando encontré una carta abandonada en el suelo de mi habitación. Leí:

> «Todas en el Serrallo parecen quererla bien, la adulan sabiendo su poder, que proviene del favor del Sultán. No se ilusione, su intimidad con el dueño del Serrallo despierta celos violentos. Por ello, muchas la

detestan, algunas la odian (y también los que no tienen nada entre las piernas). Pero estas mujeres ociosas, oscilantes entre los apetitos y el tedio, siempre encuentran el tiempo, el arte, el vil ingenio para suprimir a quien no soportan vivo. No me atrevo a poner mi nombre.

»De una *serraili* anónima que la admira».

¿Quién me habría advertido? Algunos errores en el árabe clásico en el que se ha pretendido escribir la carta señalan a una extranjera, y no dejo de pensar en Baladine: una complicidad no explícita nos une. Pero pueden haber sido otras las autoras. ¿Y de quién parte el peligro? Seguro que de un personaje poderoso, que dispone de súbditas instigadas y de eunucos sobornados… En definitiva, esta carta me alerta acerca de la aversión, tal vez mortífera, que siente por mí alguna concubina influyente en el Serrallo. Al releerla, veo de nuevo la muerte de Zaïnab, entiendo los graves peligros que rondan, los golpes capciosos disparados por envidias y codicias largamente incubadas, preparados a través de redes secretas de complicidades invisibles. En el Serrallo, en este momento, todo es murmullo, deseo sofocado, violencia postergada esperando la hora propicia, el lugar certero; así ocurrió con la infeliz Zaïnab… Pero nada temas: he mudado mis aposentos muy cerca del Sultán, tomando muy en serio esta señal de aviso.

Desde aquí, mi amor, muchos besos.

Denise

Sexta carta

30 de julio, en pleno Serrallo

Querido mío, pienso mucho en ti,

amado Pierre:

Se entreabre la mañana de verano y comienzo a escribirte. Desde lejos viene con el viento la llamada a la plegaria. Hará más calor, y retomaré durante el día el hilo de la carta.

La fogosidad de Baladine en el lecho del Sultán ha crecido en las últimas semanas. Él la solicita casi sin tregua, y ella parece insaciable de sus favores lascivos. Mientras tanto sus formas, ya pujantes, se han vuelto aún más generosas, su olor más fuerte, los apetitos que despierta más urgentes. A la gran luz estival, las rojeces en la piel de su cuerpo, por el cual se derraman los ígneos cabellos, suscitan la lubricidad del Sultán y excitan sobremanera su fantasía, encendiendo su inagotable apetito.

Espectáculo exaltador el de asistir al fénix de fuego que vuela entre el Sultán y su esposa rusa, consumiéndose entre chispas y renaciendo de las cenizas. Como en templos de la India perdidos en la selva, en cuyos relieves los amantes adoptan mil posturas propicias, mil ardides de deseo, así el soberano y su *kadine*, saciados por momentos sin duda deliciosos, se animan y se unen en cualquier postura. Esta tarde Baladine, antes de cruzar las puertas de bronce de los aposentos sultánicos, me confesó lo que se proponía: «¡Hoy voy a agotar a este hombre y a doblegar su arrogancia!». Pero él, como si lo intuyera, la penetró sentado y, habiéndola posado en sus muslos, la inmovilizó, retorciéndole dulce y firmemente el inmenso manojo de sus cabellos y, si se debatía, los pezones suaves y vulnerables de los senos, con la fuerza suficiente, pero no más que la necesaria para

permitirle solamente —como al péndulo— el isocronismo de pequeñas oscilaciones. Cuando, enloquecida por un deseo al que se le impedía alcanzar el clímax, Baladine quería mecerse con más fuerza, el Sultán la frenaba; hasta que —pasadas tal vez horas— al permitirle al fin el profundo y prolongado vaivén que anhelaba, ella estaba dolorida, saciada y exhausta.

Ese inmenso fuego es amargo para la sultana, mujer ya de por sí amarga. Pero, así como los eunucos dependen del Sultán por intermedio del gran eunuco, las esclavas negras (únicas aquí designadas con el nombre de «esclavas») deben obediencia superior a la sultana, que regula sus hábitos. Esa mujer imponente y algo melancólica lleva, entre collares preciosos, una llave de plata que pende entre sus senos y que podría considerarse como un talismán; pero no, es la llave que abre los cinturones de castidad vitalicia que ha impuesto a las esclavas negras. Porque la presencia de esas sesenta mujeres africanas —una por concubina del gineceo— en el palacio, en un subterráneo situado en el extremo opuesto a la torre fortificada donde se alojan los eunucos, suscita desde siempre la inquietud celosa de las mujeres blancas. Ninguna duda me queda de que el Sultán, con su apetito ávido de femeniles encantos, osaba de vez en cuando experimentar la carne fresca de esas jóvenes negras, tan lindas, tan fuertes, tan vitales. Pero las mujeres del harén no pueden admitirlo. Siendo ya muchas de ellas convocadas sólo de tarde en tarde para el gran tálamo de dosel tan codiciado, donde su pasión sólo se apacigua, ¿cómo aceptarían que ese favor se divulgase aún más, en beneficio de la joven carne negra, dejando a un lado su carne blanca?

Incierto es que el Sultán aceptase procrear de una esclava negra. Pero ¿por qué no? Ninguna voz legítima, ni la del Profeta, podría condenarlo; y dados los grandes, absolutos poderes de que disfruta, podría, quizá, convocar un día a alguna de esas nubias de perfil de princesa y sentir apetito en la trepidación africana de su carnadura. Para prevenirlo, la sultana —acaso irritada por la escasez de amor que el Sultán le concede, en el desvariado exceso de la *kadine*— determinó

el uso permanente de los cinturones, siendo garante de la llave común que a todos abre, de la llave de plata que sus grandes y flácidos senos calientan día y noche, volviéndola del todo inaccesible. «¡No disfrutarán!», tal es su lema, ejerciendo su despecho y su ira sobre la negritud, femenina llama de carne trepidante. Por otra parte, los cinturones que aseguran la impenetrabilidad de esas mujeres nubias son símbolo de su condición, impidiéndoles para siempre la práctica del amor.

Yo misma, querido Pierre, asisto cada mes al completo rapado de sus cabellos, propio de su estatus elemental de esclavas, y he tomado las medidas exactas de su cintura, de sus caderas y del arco que, partiendo del vértice del cóccix, gira hasta el pubis. A partir de dichas mediciones, se le encarga el dispositivo a un herrero de la ciudad, artesano eximio que lo fabrica caso a caso con rigor milimétrico: un aro metálico se cierra de manera permanente encima de las caderas, y en él se engancha un arco de círculo sagital con dos dedos de ancho, que pasa entre los muslos, junto al sexo, y se fija en el primero con un «clic» sonoro. Es en la unión de los dos arcos donde la llave actúa. Así, armadas de esos tiránicos hierros, ningún hombre puede alcanzarlas, ni tienen permitida la autosatisfacción, tan ajustados van y amplios son los hierros, tan injusta y estrecha la suerte de las que los sufren. Y, sin embargo, parecen joviales, como hoy alrededor de las mesas a las que llevaban suculentos manjares matinales, las pirámides de frutos portentosos en colores y de aroma embriagador. Se movían como en un lento ballet, vestidas con el uniforme: túnicas blancas, los pies calzados en babuchas rojas, el cráneo rapado cubierto con un *bonnet* rojo y una pesada argolla de cobre, ancha como una pulsera, en el lóbulo perforado de la oreja izquierda.

Pero el celo de la sultana, cuya atención planea sobre todo el Serrallo en sus múltiples niveles y aspectos, se extiende más allá de las esclavas. Otras mujeres en edad fértil entran a ciertas horas en el Serrallo, aunque sin mezclarse con las concubinas del harén: son las *tayás*, las amas de leche que vienen a amamantar a los recién nacidos (siempre, qué pena,

del sexo femenino) que el semen del Sultán despertó en mujeres llamadas a su lecho. Cada mañana, dos eunucos les abren el portón de una de las entradas de la valla exterior fortificada del palacio, donde la Guardia Negra del Sultán se atrinchera; de ahí las conducen al *lactario*, donde amamantan a las niñas, pabellón instalado en el «jardín exterior» del palacio, entre *Styrax* fragantes y a la sombra de los tilos. Entonces, las esclavas llevan en fila las cunas de los bebés y esperan el fin de la lactancia para trasladarlos de nuevo al gineceo.

Pero la sultana entendió que la presencia de las *tayás* en el palacio debía ser controlada, sustraídos sus cuerpos a alguna liviandad del Sultán ante esa carne fértil femenina admitida en su espacio. «¡Hay que recordarles», exclamó, «que están aquí para dar y no para recibir líquidos!». Y ordenó que, mientras permaneciesen en el recinto del Serrallo, les colocasen cinturones de acero y cuero, tallados a medida y ceñidos a sus riñones, y que la vara del Sultán no pudiese romperlos. Fui así llamada al *lactario* —fresca *folly* revestida de azulejos policromos de *zéligue*, donde, cuando no gritan las niñas, se oyen zumbidos de insectos y el rumorear de las hojas— para tomar medidas de las caderas de esas mujeres y aplicarles bien firmes los cinturones en cuanto llegasen. Algunas se quejaron cuando les apretaron el cinturón; pero, viendo que se los quitaban antes de partir, aceptaron, sin más protestas, el capricho de la sultana y el pago.

La sultana Niktérine, poseedora de la llave con la que selló a las negras, ha decidido ahora que todas ellas deben llevar impresa en su cuerpo de ébano una marca indeleble de posesión simbólica por el Sultán, especie de sello de su dueño, tal como se les aplica a caballos y camellos. Dado que la posesión carnal, execrable en sí misma, está impedida por los hierros, optó por el tatuaje africano en relieve. Es finalmente una esclava, Esma, la cual antes de ser vendida a los hombres del visir había aprendido la sutil técnica, quien con sus hábiles dedos tatuó las iniciales del nombre del Sultán, J. Y., en la nalga izquierda de cada compañera: como en Europa se bordan, en el extremo de una toalla o de una

funda, las iniciales del nombre y el apellido del propietario. Por ello, y porque la supervisión de esa tarea se cuenta entre mis atribuciones, la sultana me confió la llavecita de plata que cierra las esclusas del deseo de las esclavas. Así, convoqué a las negras en grupos de seis, cada mañana, durante diez días; liberadas del cinturón de castidad durante un lapso inferior a una hora, el tatuaje les resultó casi una dádiva inesperada del cielo. Les masajeé las arrugas dejadas en la piel por los hierros, antes de que, tumbadas con el vientre contra el suelo, se entregasen inmóviles al trabajo de Esma; muchas se reían y cantaban. Acabada la sesión, les impuse de nuevo la rama sagital de la cintura que las vedaba, pero antes, excediéndome finalmente en mis deberes, manipulé levemente, para animarlas, aquellos cuerpos destinados a la condenación. ¡Con qué risas, gemidos y contorsiones me respondieron!

Al décimo día surgió el primer problema: Esma, única especialista en aquel saber nativo, a quien nadie más podía imponer el tatuaje tutelar, tuvo que ser marcada a hierro candente, por órdenes de la sultana; ceremonia ejecutada por el eunuco mayor, con celo excesivo e inocultable satisfacción, en una de su raza. La desdichada Esma se retorció bajo el ferrete al rojo, sus alaridos atronaron en la cripta donde tuvo lugar el ritual, el olor de la carne chamuscada llegó a todas las narices. Obtuvo en su favor que, durante tres días, mientras sanaba su quemadura, la eximieran de usar los hierros preventivos.

La busqué por eso al cuarto día, para reponer el impostergable cinturón; pero antes de que el «clic» fatal la ciñese a los despiadados hierros, y como nadie estaba allí con nosotras, la acaricié donde y como convenía, con los dos dedos más largos de mi mano, y la sentí revolverse de éxtasis, un grito ahogado salió de su boca, el cuerpo opulento se retorció en el arrebato de una convulsión bajo el imperio del más elevado goce. Esma no había sido recompensada por su trabajo y había acabado finalmente castigada, lo que me pareció injusto y cruel. Así, lo que le fuera tan vedado y parecía muy lejos de su modo de vivir —como la propia

libertad— allí se consumó a pesar de la sultana, con un gesto leve y lúdico, como nube que suelta de sí misma el trueno. Debemos ser compasivos para con los esclavos, es la propia fe mahometana la que lo proclama…

Cumplida la tarea, busqué a la sultana: serena, altiva, cordial y distante, con sus bellos labios en leve asimetría otorgándole un rasgo de desdén; no sospecha que presencié la escena soberana, su desnudez, su propio recorrido del éxtasis, la exclamación divina marcando el instante ardiente. Le devolví la llave de plata capaz de abrir los hierros. Me elogió por mi buen trabajo y escribió allí una carta breve para el Sultán, carta que me confió y que recorrí con la vista, te lo confieso, antes de entregarla. Rezaba lo siguiente:

> «Querido esposo:
>
> »Sé que la carne de las negras esclavas del Serrallo no le es indiferente, que suspira y se altera al verles el busto desnudo o sorprenderles una sonrisa de soslayo. ¿Cómo podría un monarca unirse a una nubia agreste, a la que mandó comprar aún más allá del desierto, en los propios confines del mundo? ¿Cómo puede el deseo de una esclava sostener el de un sultán? Pero la fuerza de la carne arrastra a la debilidad del ánimo… Por ello, estas jóvenes atléticas usan desde hace un mes un férreo cinturón de contención. Consideré injusto, sin embargo, que no llevasen en el cuerpo una marca indeleble de su dueño: con ella, cincuenta y nueve fueron tatuadas y una marcada a fuego.
>
> »Lo amo, y puedo darle en abundancia lo que a las nubias les está vedado.
>
> »Niktérine, sultana».

Esa misma noche el Sultán me mandó que llamase a Niktérine, lo que nunca antes se había hecho por mi mediación; y lo repitió durante dos días seguidos. La visité cada vez anunciando la buena nueva, como el ángel Gabriel a María en las «anunciaciones» (el mismo que, más tarde, reveló al Profeta el texto del Corán). Presencié, detrás de la

celosía, cómo el cuerpo experto y maduro de la sultana, sensible cual violín largamente tocado, se aficionaba al del Sultán como el agua al fondo obscuro del océano, y cómo las prominencias aceradas de uno llenaban las honduras húmedas de la otra. He aquí cómo los ardides de Niktérine y su estilo epistolar, breve y provocador, apuntando al blanco, excitaron la fantasía del Sultán (que me reveló después haberse unido, en su fantasía, al fantasma de algunas de las esclavas negras a través de la carne marchita de la sultana) y recogieron los favores pretendidos. Sólo le falta, para consolidar su poder, engendrar un varón, y pocos años deben de quedarle para ese acto, si es que aún le quedan…

Así como una hiedra ciñe con su abrazo el árbol que la alimenta, así el poder cede a la libido envolvente, dándole su savia.

Nostálgica de tu ausencia y con mi vivo amor, te beso.

Denise

Post scriptum del 1 de agosto. Hamina, trémula concubina, acaba de explicarme, con el temblor en el alma y en la voz, los extraños acontecimientos de esta tarde. Así fue, o parece haber sido: alguien envió a Leila un veneno letal disimulado en el zumo ácido de maracuyás, fruto de la pasión, muy del gusto de Baladine. Lo hizo por medio de una esclava, a quien mandó llevar, sobre una bandeja de oro (grabada con versículos coránicos enlazados como serpientes, que incitaba a dar muerte a los infieles), dos áureas copas con el divino zumo. Pero alguien ordenó a esa esclava que le dijese a Leila que todo era dádiva de Nailé, concubina de estatus medio protegida de la *kadine* (al igual que la propia Leila) y que nada sabía.

Fue entonces cuando, en su constante y obstinada averiguación de todo cuanto parece prohibido o insólito, dos eunucos interceptaron a la esclava, que no podía atravesar aquel pasillo a esa hora: la interrogaron y la oyeron murmurar con un hilo de voz a quién iba a ver. Y como los eunucos detestan a Baladine, y el calor en el Serrallo es pesado en julio, y del zumo emanaba un aroma atrayente, tomaron cada uno en sus manos una de las copas de oro

(indignas de su condición) y bebieron a pequeños sorbos el contenido odorífero, néctar que escondía en su seno el sabor de las gotas fatales en él vertidas.

Poco después, gran alarido: los dos capones se retorcían con dolores terribles, vomitaban líquidos ácidos y luego sanguinolentos, rodaban por el suelo, entre arcadas, con sus cuerpos fusiformes, clamando por Alá. Hasta que la muerte —cual bandada de cuervos que espera en una rama seca la inmovilidad de las reses para, en un vuelo corto, ir a posarse sobre sus despojos— celebró su liberación de una vida de trabajos viles y cuidados incesantes que en vano los ocupaban.

Cuando me acerqué a los cuerpos, todos los demás castrados los rodeaban, soltaban desgastándose amenazas y sospechas, y hacían grandes gestos, algo guerreros, algo litúrgicos, no desprovistos de efecto patético y paródico. El asunto no me concernía y me retiré. Pero, en uno de los pasillos por donde me interné, oí las risas tintineantes de *serrailis* en júbilo perplejo y las voces susurradas, pero firmes, de dos odaliscas, salidas de una habitación alfombrada:

—Cuánto detesto a todos estos eunucos, que en su fealdad amorfa reúnen las abominaciones de los hombres y las mujeres, no siendo ni unos ni otras…

—Cuánto deseo lo poco que les falta y desprecio lo mucho que les queda…

¿Qué me dices, Pierre, de todo esto? Lo que se ve en el Serrallo es como la pronunciación del francés: bajo los sonidos audibles, cuántos de ellos geminados, haches no aspiradas, íes griegas disimuladas y letras mudas… Y aquí, cuántas intrigas y codicias, envidias y resentimientos inaudibles se cruzan, perpetrando venganzas mucho tiempo latentes que pueden alcanzar, por una ironía de la Suerte, un blanco equivocado. Así fue como, en el año 785 de nuestra era, una joven esclava, Hassana, envenenó por error al califa Al-Mahdi…

Más besos.

Tu Denise

Séptima carta

En el Serrallo 15 de agosto

Querido mío:

Te amo con la fuerza que la distancia acrecienta y la imaginación dilata. ¿Cómo podrías, de otro modo, penetrar en este lugar infausto? ¿Cómo *verías* lo que aquí ocurre si no es navegando conmigo —como Eneas con la sibila de Cumas— por los ríos peligrosos, el Estige y el Cocito, que delimitan esos espacios terribles y no permiten que ningún hombre los traspase? Así te cuento cosas comunes de aquí, para que las puedas *ver* también desde ahí, aunque con su desmesura y extrañeza.

Con Demonassa, una joven cretense raptada en una aldea perdida en las montañas, cerca de Gurnia, se hizo de todo, como con las otras novicias recién traídas al harén: consolada de la violencia de los raptores, presentada al gineceo, después desvestida en un espacio cerrado y examinada detenidamente por mí, medida, dibujada, hasta fotografiada, fue al fin conducida ante el Sultán para la iniciación a la que somete a todas las *serrailis* después de los primeros días de permanencia en el Serrallo.

Demonassa es una mujer tímida y vergonzosa, inconsolable por su situación: espera aún un rescate o una acción en su favor de su familia, de los suyos o de su patria. Comprendió ya que nada se haría a tiempo; comprenderá en breve que jamás se hará ni podrá hacerse algo por ella, y que no va a escapar al lecho del Sultán ni a la descortesía del desfloramiento (que en el Serrallo es considerado un supremo acto de cortesía).

—Comprende, Demonassa —tales fueron mis palabras—, que eres posesión total y definitiva del Sultán, que sin duda le

perteneces más que a ti misma, y el Serrallo, en su laberíntica complejidad (como el palacio de Minos en tu isla), es un lugar sin salida que ya es tu casa, un mecanismo perfecto, a veces casi un ser viviente[11], donde cada una de sus partes depende de todas las otras, y todas dependen de un resorte central que todo lo anima. Ese núcleo dinámico e inefable es el Sultán, siempre atento y activo, casi siempre invisible, nunca ausente, aunque se ausente cuando le parezca.

Pero Demonassa gemía sus razones inviables, el fraude a sus sentimientos. No quería ser poseída por un desconocido, aunque fuera muy poderoso, sino ser amada por quien ella eligiese y que a su vez la eligiese.

—Opción prohibida, camino imposible… La elección se opone a todas las reglas del Serrallo, donde sólo el Sultán puede elegir. ¡Las novicias y las concubinas son todas esclavas, blancas o morenas, del Sultán, y los favores eróticos que le prodigan serán recompensados con su amor y con obsequios suntuosos! Afuera, cuántas desilusiones causadas por el acto de elegir, cuánta desesperación. Déjate amar por el Sultán, tu amo, que hoy mismo te convoca a su tálamo. Cualquier reticencia recaerá sobre ti. Aunque creo que llegarás a amarlo.

Sin embargo, la angustia de la cretense y sus llantos no se atenuaban ante mis argumentos. Cuando al atardecer la conduje, difícil flor, por el Camino de las Flores rumbo al espacio del Sultán, los ojos bajo el velo mostraban señales rojas, pesadas ojeras, la maceración debida a recurrentes lágrimas. En los aposentos del soberano se presentó circunspecta, ensimismada. El *temená* fue sólo esbozado y apenas se distinguió; no salió palabra alguna de su boca, tampoco el Sultán hablaba su lengua. Pero más confiado en la comunicación con el cuerpo que con las palabras, más interesado en Demonassa que en la lengua griega, logró desnudarla poco a poco, con mi connivencia. Distinguí en ella, en su contorno bilobulado, la silueta de los grandes instrumentos musicales de cuerda (de Occidente): sí, la sombra de Demonassa proyectada en la pared era la de un violonchelo; se alzaría en breve el arco que la haría vibrar.

Luego, la desnudez deseosa del Sultán envolvió la de la *serraili* griega, tímida y temerosa, haciéndola rodar con él por la vasta cama bajo el techo estrellado del dosel. ¡Con qué vehemencia la manoseaba, con qué ruda avidez! Abarcó los senos con sus manos, le chupó los pezones; las manos agarraron sus cabellos castaños sueltos, le imprimieron a la cabeza un movimiento de rotación en los dos sentidos, haciendo que los labios de ambos se rozasen sin cesar; le estrujó las nalgas, sorbió su olor, le sujetó las caderas, le separó los muslos, y a todo se entregaba pasivo el cuerpo de Demonassa. Vi las manos felposas del Sultán avanzar con los dedos curvados sobre los muslos pálidos de la novicia, y parecían dos tarántulas caminando hambrientas rumbo al sexo. Noté con asombro, sin embargo, que el Sultán no se animaba, su celebrada cimitarra no se alzaba en esplendor, demostrando su buen temple, dibujando su arco imponente, sino que pendía inerme, mustia y seca. Cada vez más se encarnizaba sobre Demonassa, sin que naciese en él simiente de deseo.

Mandó regresar a la *serraili* y se quedó desmoralizado y con gran aflicción. Por primera vez fallaba en los trabajos del lecho… Demonassa se retiró quebrantada, tal como había llegado; y el Sultán, envuelto en una *robe de chambre* escarlata bordada con astros de oro, intentaba desvelar las razones de los Hados, las conjunciones y oposiciones nefastas de los verdaderos astros o la interferencia maligna de espíritus que planeaban sobre su fracaso. Me preguntó, ansioso, por qué se había negado su cuerpo. ¿Acaso Demonassa no era una mujer de verdad? Pero lo era, y parecía disponer de todos los atributos necesarios —y suponía yo, suficientes— para volverse una mujer atractiva; con mis manos la había explorado con minucia, los datos figuraban ya en el Libro del Serrallo, una fotografía de cuerpo entero daba fe de ello.

¿Sería su pasividad, su negativismo, lo que lo había inhibido? Pero, en las ceremonias de desfloramiento, eso solía más bien excitarlo; cuanto más miedo y más reserva, más encanto. O, proveniente de una región cristiana del

mundo, ¿contendría un «mal de ojo» intrínseco que lo paralizaba? No era natural; mujeres de muchas razas, tal vez de todas las razas conocidas, lo habían excitado. Por ello, el Sultán se preguntaba y me preguntaba qué le ocurría, sin atinar con una explicación sobre las causas de su inmovilidad, y yo no tenía respuesta convincente que darle. Conocía su proverbial pujanza, lo veía con salud, tomaba el incidente como prueba de su condición humana. ¿Quién, ante la pululación siempre creciente de mujeres de un gran harén —aunque bellas—, no sucumbiría una noche sin motivo alguno? Pero el Sultán no se conformaba. Había soñado, es cierto, con un puercoespín, animal de mal agüero en la zoología sagrada del islam; tal vez esa influencia frustrase su desempeño viril, nunca antes malogrado…

La noche siguiente, el soberano repitió con Demonassa y, con ella, repitió el fracaso. Me pidió entonces que examinase el cuerpo de la cretense y, si fuera posible, añadiese nuevos detalles a los ya apuntados en las páginas del libro que se le consagraban. Atenta, la exploré desde el cabello hasta el sexo. Cuando, en esta segunda inspección, desvelaba y anotaba algunos datos nuevos, me di cuenta de pronto de la causa de la desarmonía. Demonassa exhalaba, a través de la transpiración propia de la piel, un olor fuerte que —bien lo recordaba— yo había sentido idéntico cuando conocí, años atrás, a la anciana madre del Sultán; era un hedor de putrefacción discreta, dulzarrón, que despertaba una vaga náusea, un repudio más acá de la conciencia. Pero esta explicación tan plausible, casi obvia, no podía dársele a conocer al Sultán (es en la convivencia con los más íntimos como se disimulan las mayores incógnitas): se quedaría atónito, incrédulo, inseguro, y su duda circularía insoluble por su mente cual un misterio tremendo.

Acaricié a la desdichada Demonassa. En el centro de su sexo, que ningún hombre había traspasado, observé ese pequeño órgano del color de la sangre, maravilla fatal de la Creación, cuya excitación causa el delirio de cualquier mujer. Tenía la forma de una lengüeta carnosa, de la que tiré delicada con mis dedos, y la animé, entre las pulpas suaves,

con un masaje sutil del pulgar, índice y corazón de la mano derecha, dedos inteligentes entre todos, con los cuales dibujo, pinto, grabo y te escribo estas cartas. Una sonrisa de esfinge se dibujó en los ojos de la *serraili*, se reflejó en el compás de su respiración, le torció el torso, y los muslos menearon los primeros tiempos de un baile que no dejé desencadenarse ni cumplirse.

Tuve esperanza de que el Sultán dejase partir a la cretense y no la mantuviese infecunda, insatisfecha, entre los muros del Serrallo, en una vida de tedio más triste que la eternidad. Me acordé de que un día, cuando Tarig y sus raptores trajeron al palacio a una mujer joven con cara de ángel, alta como una jirafa, delgada como una gacela, de insignificantes senos, caderas estrechas y muslos largos y musculosos de muchacho, el Sultán, oyéndome describir a la novel *serraili* y mirando repetidas veces mis dibujos, no la quiso conocer: ordenó de pronto que le diesen una dote, que la liberasen a la puerta del palacio y la encaminasen a su país lejano. Pensé que Demonassa tendría igual destino, pero tal no sería su suerte. El Sultán no transige: Demonassa se quedará en el gineceo durante largo tiempo, tal vez durante toda su vida fértil. Sería deshonroso para el soberano liberarla después de su paso, aunque puro, por el tálamo sultánico; sufriría prisionera lo que no había sufrido en el lecho. Así, la cretense estaba condenada a permanecer como un cofre cerrado que el Sultán nunca lograría abrir, por desconocer el caprichoso código de acceso a la cerradura mágica. El tesoro que encerraba quedaría para siempre oculto, negándose a cada intento renovado.

La segunda noche de fracaso, como se sentía inquieto y cohibido, el Sultán había decidido experimentar la vitalidad de su miembro. Perdido en pensamientos, envuelto aún en su *robe* astral y enfrentado a la duda sobre su propio valor, pensó darse a una ordalía de las más reveladoras: convocar a una concubina echada a suertes, apoyando en la mesa, por el lomo, el Libro del Serrallo, y dejando que se abriese movido por las fuerzas del azar. Así lo hizo, teniéndome por testigo de la imparcialidad de su gesto; y así se abrió el libro y cayó

en suerte Nufissa.

Fui a despertar a la esbelta concubina en plena noche. Dormía, y en el sueño sobresalía su juventud, la excelencia de sus rasgos. La toqué, se agitó levemente y persistió en su sueño. Insistí, se revolvió en la cama, gimió. Cuando se dio cuenta de que debía despertarse, la silueta de corza brotó de las sábanas, con su aroma perfumado de selva. Desperezó su estilizado cuerpo desnudo, estirando los hombros y los miembros, extendiendo alta la nuca. Aun así, no había ahuyentado de sí misma todo su dulce sueño. Las que compartían su habitación se despertaron antes que ella y me hicieron mil preguntas a las que no pude responder (en el harén, el nombre de cada mujer pedida por el Sultán se propaga en instantes a todas las demás). Demonassa ya habría regresado a su habitación, y, sin duda, las compañeras, intrigadas, estarían interrogándola a aquella misma hora, golosas de peripecias y pormenores que también ella callaría.

Cuando Nufissa entendió a lo que yo iba, quiso bañarse, peinarse, maquillarse. En vano: el tiempo apremiaba. La ayudé a ponerse un ligero vestido de lino; se recogió los cabellos crespos y abultados, que formaron como un moño oblongo unido a su nuca. Entonces, veloces, atravesamos el Camino de las Flores, el recorrido más feliz de la Casa de la Felicidad, que nos llevó a la antecámara con puertas de bronce entreabiertas, frontera de la habitación del Sultán. El vestido de lino y la astral bata del soberano cayeron deprisa uno sobre otro en la alfombra persa, y el Sultán vio confirmados, junto a la desnuda y tibia Nufissa, sus recursos viriles. Así como había hecho brotar de sus hoyuelos los pezones subterráneos de Nazik-Edá, lamiéndolos con método, así también Nufissa llevó a su máxima turgencia el tallo del Sultán, envolviéndolo en los movimientos coleantes de su larga lengua, que se obstinó en el lugar donde, siendo niño, le habían quitado el prepucio; mientras sus dos manos elásticas, perfumadas, maravillosas de ver, hacían hablar con maestría al falo del Sultán, lo hacían pulsar con un anhelo creciente. ¡Con qué vivacidad corrían por tan gran fagot ceremonial los

blancos dedos concubinarios y rozaban los deliciosos labios de borde arqueado haciéndolo vibrar, extrayendo de él la divina melodía que sólo las almas escuchaban! Nufissa poseía la ciencia infusa de la voluptuosidad.

Una alegre brisa acarició el alma del Sultán. Él devolvió ese bálsamo insinuándose cada vez más adentro, más allá de los labios de la concubina. El húmedo alfanje abandonó entonces la boca eximia de Nufissa y, ávido de otra puerta, se enterró en su vientre hasta una hondura inimaginable, mientras la sultánica lengua avanzaba lejos por la laringe de la súbdita y por fin regresaba para que la de la concubina se aventurase hasta cerca de la glotis del Sultán: vaivén de interpenetraciones, como si de dos caracoles acoplados se tratase. Tan amplios eran los movimientos de las lenguas (los músculos de la cara y de la garganta de los dos amantes revelaban sus trayectos cruzados) que ambos suponían, por inviable analogía, que era ilusoria la inmovilidad granítica del sexo del Sultán, moviéndose él antes, en un deslizamiento lingual, por las profundidades ardientes que había alcanzado. Al mismo tiempo, los dedos del Sultán se insinuaron en el surco sagital del lomo de Nufissa, uniendo los cuerpos, y las manos de ésta envolvían la cabeza de su señor, como si tal gesto maternal lo protegiese y al mismo tiempo asegurase la adherencia voraz de las bocas, en la frontera de las cuales operaba el juego lúbrico de las lenguas.

El negro cielo de nubes, sobre el cual unos astros desconocidos parecían urdir una oposición maligna, dio lugar, en el firmamento del Sultán, a un cielo sereno de signos favorables. Y estando todo por fin ya consumado, el soberano sacó de un cofre y regaló a Nufissa numerosos y nobles brazaletes de oro, que ella enseguida se puso en los antebrazos, viéndolos brillar y oyéndolos, con júbilo, tintinear. Mirando desde la ventana vi, casi deslumbrante, la luna llena cincelada en plata y la túnica azul pálido del claro de aquélla sobre la transparencia de los seres.

Sé consciente, querido Pierre, y mantente seguro de mi amor por ti.

Denise

Octava carta

En el Serrallo del Sultán, el 10 de septiembre

Querido Pierre, querido:

Te escribo desde un torreón del palacio donde guardo papeles y ordeno libros. Es uno de los lugares más privados del Serrallo, y en esta época del año lo uso como escritorio. Aquí conservo tus preciosas cartas. A pesar del suceso que en los últimos días agitó el Serrallo, el silencio humano en este sitio y a esta hora —el principio de la tarde, cuando la gran luz invade todos los rincones del palacio de mármol— es tal, que oigo la vibración de las hojas de los sicómoros en la brisa, dulce estremecimiento, mientras llega de lejos, de los jardines del *salemlek*, el grito nupcial de los pavos reales.

El esplendor del verano está en su auge y somete a la naturaleza a sus fuertes impulsos; aromas vivos de vegetales, pólenes dorados circulan en el aire caliente, el olor del mar llega del oeste, plantas y animales se animan con nuevos bríos, y así también las mujeres del harén, cuyos cuerpos insatisfechos transforman la lascivia acumulada ora en esplín, ora en despecho, ora en pensamientos insurgentes. De ahí el escándalo que conmovió a la Casa de la Felicidad y, por extensión, a todo el Serrallo. Los murmullos se difunden aquí como las ondulaciones de un lago: cualquiera que sea el punto del agua hacia donde salta la rana, las vibraciones mensajeras se propagan por toda la extensión de las márgenes, llevando a la sordina noticia del salto de la rana, de su tamaño, de su color al sol, del instante en que hizo añicos la integridad del lago, ese sereno espejo.

Fue hace tres días cuando surgió la alarma, que nació en la mente espía y delatora del gran eunuco. Ahora sé cómo sucedieron las cosas. Apostado alerta en un punto del harén

donde confluyen habitaciones de concubinas y dormitorios de novicias, el castrado aguzó su atención sobre unos sonidos insólitos, distantes, que le llegaron a través del espesor de las paredes. Su oído indagador —atento como el de los ciervos, que vuelven la concavidad de las orejas hacia los puntos sonoros y en ellos se concentran— captó algo semejante a unos gemidos cadenciosos que lo intrigaron en el acto y, prolongándose en un crescendo lejano, provocaron su curiosidad insana. Se precipitó hacia los «ojos de lince», esas gafas embutidas en las puertas, a los que una lente otorga una mirada total hacia el interior de las habitaciones de las mujeres. Corrió de un lado al otro, sin lograr ver nada que le interesase. Desesperaba ya de localizar la fuente de tales sonidos, cuando éstos renacieron, imprecisos, pero obvios. De nuevo corrió de puerta en puerta, encorvando la espalda y dirigiendo la gula de la mirada a cada «ojo de lince» de las habitaciones donde estaban encerradas las *serrailis*. Una vez más, en vano. Hasta que, por tercera vez, le llegaron los gritos acompasados, más nítidos ahora, y parecía que se entrelazaban en ellos el júbilo y la furia.

Sin embargo, aguzó más su ávido oído; las gargantas que así vibraban pertenecían a tres mujeres diferentes, tales eran los timbres y ritmos diferentes que él había percibido, como si la misma melodía tocada por tres oboes distintos permitiese distinguir, al melómano experto, las diferencias. Y aunque no viese nada sospechoso por los «ojos de lince», nada que tradujera en formas y movimientos el enigma de los sonidos, distinguió las dos habitaciones, tres a lo sumo, de donde provendrían. Corría a alertar a la cohorte de los castrados cuando tres fuertes campanadas del gong anunciaron la hora del almuerzo. Las vibraciones graves del gong persistieron en el aire durante mucho tiempo, ya las mujeres jóvenes salían, riendo, conversando, de todos los dormitorios, como bandada de golondrinas veloces y gárrulas afluyendo a los pasillos y convergiendo en el comedor. Entonces, el grupo de eunucos se subdividió, y cada subgrupo se deslizó hacia las habitaciones sospechosas, momentáneamente abandonadas, y buscó en armarios,

papeleras, cómodas, guardarropas, baúles, algo que aportase ilustración y prueba de lo que el gran eunuco acababa de oír.

Todo fue inspeccionado, registrado centímetro a centímetro, en una arqueología exhaustiva de aquellos espacios femeninos. Y fue al fin el gran eunuco quien dirigió la pesquisa, mañosamente, y cuyos ojos codiciosos encontraron, en el fondo de un hondo cajón, escondido bajo fajos de papeles y plumas de pavo real colocadas al azar, el *corpus delicti*, el objeto que había desencadenado los sonidos sospechosos. Era, oh, abominación, un criptofalo tallado en madera durísima y pulida, prótesis portentosa de dos palmos de largo y gruesa como un órgano de equino, con un asa en un extremo, como la empuñadura de una espada, y en el otro el relieve abultado de un glande. Húmedo, y oliendo aún a los jugos femeniles incitados, era la prueba que descifraba y denunciaba la sucesión de vagidos cuyo crescendo había captado su oído entre los mil sonidos diversos del Serrallo. Creo incluso que la acuidad sensorial de los castrados, efecto de su mutilación, es superior a la de los hombres, equiparable tal vez a la de las mujeres.

Me convocaron luego al centro de tal escena, para aclarar del todo lo que aún era obscuro. Cuando llegué, el gran eunuco, cuyos ojos pequeños, como brasas ardientes bajo las órbitas, lanzaban chispas de goce y de rabia, transportaba la prótesis, el blasfemo falo, protegiéndose con un pañuelo de la mácula de los óleos femeniles que lo embalsamaban, y exclamaba repetida, enfáticamente: «¡Dios es grande! ¡Dios es grande!», como si se le hubiera concedido algo excelso. Sin duda era la envidia del hombre mutilado al encontrar la parte ausente que no le encajaba, exultante por haberla recuperado y enfurecido por imaginar que él jamás haría lo que se había hecho con ella. ¡Qué argucia descifradora, qué vehemencia delatora movían a él y a todos los de su casta! Son así los eunucos: del vacío de sus riñones se yergue, como una naja al son melódico de la flauta del encantador de serpientes, una malicia malvada que desenrolla sus anillos e instila su veneno bajo la forma de una funesta curiosidad, avivada por el poder del que están investidos y los recursos de la propia fantasía,

apuntada siempre a su única obsesión.

En fin, todo sucedió en un rincón del gineceo, desde que Eminé, *calfá* aún joven y de origen armenio, consiguió introducir el criptofalo dentro del Serrallo, mediante complicidades aún sin dilucidar. La gran rama sólida y pulida (de color castaño oscuro, dejando ver las vetas serpentinas de la madera) es a la vez un objeto precioso y proscrito en un harén, codiciado por todas, de todas temido, tal es la violencia de las sanciones que penden sobre quien lo use y quien lo sufra. Pero, escondiéndolo de las otras concubinas, Eminé había reservado su uso solamente para dos bellas novicias, Bezmí y Ulvié, puestas bajo su guardia y vigilancia.

¡Cómo las trastornó el desvarío! Día tras día, a aquella hora de trajín en que el ruido encubría sus vocalizaciones de visceral origen, se concentraban en un rincón escondido que tenían por seguro y exponían la más oculta concavidad del cuerpo, en el fondo de la cual se abrían los labios con un gorgoteo líquido. Allí, cada una a su turno reivindicaba y recibía, maniobrado por la mano diestra de las otras, la visita del criptofalo, que, inanimado en apariencia, las animaba con un regocijo extremo y por fin las serenaba, trayendo languidez a sus cuerpos y paz a sus sentidos. ¡*Prodigioso objeto de la tierra que las elevaba a los cielos*!

Finalmente, todo se había derrumbado al desenmascararse, celo represor del eunuco mediante, el órgano siempre vivo, maravilla fatal y execrable. La cuestión es que el criptofalo, incluso en mano de mujer, y aunque no pueda generar prole, asume las funciones propias de un hombre que allí hubiera entrado: así había sustituido al falo del Sultán, había penetrado dominios sellados que sólo a éste conciernen (todos los flujos de todas las mujeres del Serrallo son pertenencia vitalicia del soberano), había causado turbulencias equiparables a las que sólo a él corresponde causar… Pero, liberando a las transgresoras del aguijón del deseo, privaba al Sultán del soberano goce de poder convocarlas ardiendo al fuego lento, pero vivo, de la larga privación, y de poder satisfacerse y satisfacerlas a su antojo. Se le había alienado así ese derecho inconmovible. Por todo

ello, se trataba de un grave crimen que no podía quedar impune y cuyo castigo Su Majestad delegó en la sultana.

Decidió ésta que a las prevaricadoras se les cortarían los cabellos al rape y que cada una recibiría en las nalgas, ante todas las mujeres del Serrallo reunidas, incluidas las esclavas, treinta azotes de *cravache* (que los turcos llaman *karbatxa*) dados por mano de esclava. Eminé, primera y principal infractora (debía reprimir y no corromper a sus pupilas), fue condenada a sesenta vergajazos, y debía recibir en cada nalga tantos cuantos sus novicias recibirían en ambas.

Mientras se registraba la decisión en el Libro de los Castigos (al cuidado de la sultana) y se preparaba el escenario ritual, el criptofalo —rival traicionero del Sultán—, colocado en una pequeña urna de bronce y untado con pez, fue echado al fuego y carbonizado: se lo envió así pronta y definitivamente al futuro. Los ojos de todas aquellas mujeres reunidas para presenciar el castigo lo vieron partir con disimulado pesar y oportuna nostalgia. Triturado el tarugo negro que salió de las llamas, todo se convirtió en ceniza y fino polvo que se dispersaron al viento. Así mandó la sultana castigar a aquel trozo de materia insurrecto, como Darío había mandado otrora fustigar a las marítimas aguas.

Ya se iniciaba la escena para el castigo de las tres concubinas, ya la hábil Esma rapaba, entre llantos, los copiosos cabellos castaños, que se esparcían por las blancas losas del *hammam*. Tres años, si no cuatro —y tal vez seis, les habían dicho las concubinas más maduras— tardarían en crecer las cabelleras… Durante ese tiempo interminable, el Sultán, amante de mujeres con cabellos feraces y frondosos, jamás las convocaría a su lecho y, aniquilado como estaba el criptofalo, ¿cómo soportar la previsión de tan sediento deseo insatisfecho?

Todo el harén había afluido al *hammam*. Ninguna de las mujeres que allí se juntaron disculpaba el uso capcioso y furtivo del criptofalo que acababa de perecer, ni el ánimo egocéntrico de las prevaricadoras, que se saciaban en secreto mientras ellas penaban, con el vientre inflamado del diferir sin plazo del amor. También las esclavas negras, cual

bandada de otras aves, habían ido a aquel lugar bienhechor adonde de costumbre no se las admitía. Los eunucos no fueron tolerados, por juiciosa decisión de la sultana (entre ellos se propagó enseguida una ola de indignación: ¿no podrían regalarse con el espectáculo que, al fin y al cabo, se les debía?).

Más acá de la columnata de finos fustes marmóreos, la entrada del *hammam* estaba flanqueada por dos columnas macizas de piedra caliza rosada. A una de ellas fueron atadas Bezmí y Ulvié, frente a frente pero sin verse, tal era el grosor de la columna; a la otra fue amarrada Eminé. El ambiente era tan tenso que asustaba por lo austero. La sultana llegó, observó los preparativos y se retiró. Dos esclavas negras habían sido designadas para ejecutar la sentencia: una, atlética, para asestar los latigazos; la otra, flemática, para contar los golpes, que se administrarían según el compás lento de un metrónomo. Las mujeres del harén se aproximaron para presenciar de cerca el castigo, quedando las concubinas blancas en el interior del gran vestíbulo, desde donde llegaba el rumoreo del agua, y las esclavas negras en el exterior.

Baladine avanzó, quitó la ropa a Eminé y luego a Bezmí y Ulvié, dejándolas desnudas y vulnerables, con los senos rozando la piedra rugosa y sus traseros expuestos al castigo. Fue hacia donde estaba la elegante y atlética Yektá, que sería la flageladora y que se prosternó ante ella: los gruesos labios de la nubia dejaron un beso húmedo en el muslo de la *kadine*. Ésta le ordenó que se incorporase, tocándole el mentón con el índice, le quitó el *bonnet* y, despojándola de la túnica, la dejó sólo en calzones. Brotó el esplendor femenino del busto de la esclava, y tal fue la sorpresa de todas que, rompiendo el ambiente tenso, los albórbolas de las concubinas irrumpieron, crecieron, retumbaron como una incitación bajo la cúpula del *hammam*. Cuando volvió el silencio y se oyó de nuevo el murmullo de la fuente, Baladine puso en marcha el metrónomo y se oyeron secos sonidos sincopados, pac…, pac…, pac…, tremendamente lentos mientras los corazones de todas se aceleraban. La *kadine* pasó entonces la *cravache* a

las manos de Yektá, y le dio una orden breve, que no entendí.

La esclava, empuñando el potente vergajo que vibraba en el aire con silbidos de serpiente, y viendo de frente aquella carne blanca e indemne de mujeres protegidas, tratadas con masajes y ungüentos, halagadas por ocios, baños y recreos —ella, cuyo cuerpo aprisionado por hierros, marcado por la marca del Sultán sin poder recibir sus mimos, parecía destinado a trabajos viles sin término—, sintió crecer una viva voluntad de dejar *su* marca en aquellas pieles pálidas ya a su merced, en las tiernas, claras, pecaminosas nalgas gozosas que habían transgredido las reglas del Serrallo abriéndose a un falo caballuno. La dominó la fuerte excitación de hacer sangre en el sexo de las señoras, dispuestas allí como sus siervas. Cuando la *cravache* comenzó a chascar firme y certera en las nalgas de la primera castigada y sonaron los ayes, sincrónicos casi con los compases del metrónomo —marcando una el espacio, los otros el tiempo—, la esclava auxiliar se puso a contar los golpes con voz grave y monótona.

Percibí la fuerza y la destreza con la que se asestaban los latigazos; y las marcas, profundos verdugones lanceolados, se multiplicaban sobre el trasero de Bezmí, inscribiendo en él una enigmática escritura cuneiforme. La voz neutra de la nubia seguía numerando los golpes, la moneda viva[12] que se iba cobrando. Cuando contó «¡treinta!», Yektá se detuvo y miró los efectos de sus golpes certeros; fue hacia el otro lado de la columna, donde Ulvié se retorcía y gemía ya en su anticipación del dolor, y la estimuló con unas palmadas, que volvieron rosadas las bellas nalgas de la concubina, su orgullo. Resonaron entonces los chasquidos de la *cravache* y se oyeron los aullidos de Ulvié —acaso idénticos a los que había oído el eunuco mayor, librado al desasosiego—, que parecían excitar cada vez más a la esclava y hacerla golpear con más fervor, en el singular diálogo de cuerpos que siempre se establece entre el verdugo y la víctima.

Cuando se pronunció el número fijado, Yektá se acercó a Eminé, que esperaba en silencio, sujeta a la otra columna. Los sesenta vergajazos, tantos como concubinas había en el

Serrallo, duraron casi el tiempo de la eternidad. Entonces, la esbelta nubia devolvió la *cravache* a Baladine, y otras dos esclavas fueron a deshacer los nudos que sujetaban las muñecas y los jarretes de las concubinas castigadas. Éstas, asediadas por el dolor como si fuese fuego, y también por las miradas de las esclavas y de las odaliscas, por la vergüenza y la tristeza, mortificadas por la feroz flagelación, desesperadas por las marcas que surcarían de ahora en adelante sus nalgas y por la pérdida de los cabellos, se retiraron, sostenidas por amigas, al dormitorio y a las camas que las esperaban, y allí se refugiaron para sollozar libremente, meditar en su desdicha y prever las agruras del futuro.

Querido mío, mediante estas verídicas y fantásticas historias del Serrallo que se desarrollan ante mis ojos y mis oídos, *sólo quiero dar a entender que te amo*. Sí, ¿cómo explicarte que, si estas pequeñeces llegan a interesarme, sólo es para que su eco, repercutiendo en ti, pueda estimular tu amor?

Cuídate bajo esos cielos foscos, febriles y fríos.

Recibe un beso de

Denise, que te ama

Novena carta

En el Serrallo del Sultán, 29 de octubre

Querido Pierre, amor mío:

Me dices que mis cartas contienen a veces elementos densos de drama, a veces de tragedia, casi siempre de parodia. Pero ¿no es ése el meollo de la condición humana, incluso en lugares menos extraordinarios que este Serrallo, en sitios y situaciones más comunes? Te doy la descripción de algo mirífico ocurrido en la vasta constelación de pasiones y sentimientos vividos en el lecho del Sultán, uno de los puntos míticos del Serrallo. Nada te oculto, de tanto que te amo. Pero atiéndeme: es algo que jamás debería llegar a saber Roberte.

El Sultán expresó ayer su viva voluntad de unirse a Mihri, una de las más jóvenes, delicadas y fogosas concubinas del harén, que lo ama apasionadamente y refleja la imagen de la hurí coránica: de origen árabe, espigada y pálida, pero con todos los atributos de mujer… Sobre su piel muy blanca destacan los abundantes cabellos negros y las aureolas oscuras de los senos, de donde se yerguen finos y largos pezones, como pináculos de la altura de una uña. Su rostro tiene una belleza casi hipnótica, y los ojos negros reflejan su fuego. Desde el primer día que me la trajeron, me impresionó el contraste entre su languidez natural y la sensualidad impetuosa que la habita. Pero en la convivencia con las otras mujeres se mantiene reservada, no perteneciendo a ningún grupo, no dándose a nadie, como si la pasión por su señor prevaleciese sobre todas las razones. Es tal vez el prototipo ideal de la mujer de harén.

Sólo en dos meses de permanencia en el Serrallo, el Sultán ha pedido ya cinco veces que vaya a su lecho, lo que —si se

descuentan los días de impureza de la propia Mihri, las noches solicitadas adrede por Baladine y las más raras, pero fijas (dos por luna), visitas de la sultana, y por fin las noches pasadas en la ciudad (a las que no es ajena Roberte)— revela sin duda el gran aprecio sultánico por la circunspecta y vibrante concubina. Después del segundo encuentro le regaló una gargantilla de oro con turquesas de Persia engarzadas; y después de la última cópula le obsequió con un gran rubí color sangre venido de la lejana Birmania, que despide al sol fuegos violentos.

Con ocasión de la llegada de Mihri al harén, sopesé toda su carne para poder dibujarla y describirla en el Libro del Serrallo; admiré entonces el fulgor de su rubí natural engastado entre los labios vulvarios, astro que refulgió a la luz de las antorchas cuando se le abrieron bien los muslos para que pudiesen confiárseme todos sus secretos. En privado y en secreto le enseñé la danza del vientre, que ya ejecuta con divina perfección, como algo que está en su sangre y en sus sentidos desde siempre. Ayer, antes de que bailase, le ceñí al bello ombligo tallado en forma de herradura el rojo fruto de la tierra, dádiva del Sultán; ¡con qué encanto desencadenó el tremolar de sus caderas, mientras el rubí permanecía inmóvil! Así como había danzado para mí usando sólo un tanga exiguo, danzó para el Sultán envuelta únicamente en sus cabellos.

La había llamado yo, por orden del soberano, robándola a la soledad meditativa. ¡Con qué presuroso y femenil arrobo Mihri se bañó, maquilló y vistió! Cuando, después de la danza, cayó jadeante y exhausta a los pies del Sultán, éste, viendo sus formas juveniles perladas de gotas de sudor, sorbiendo sus olores, que había exacerbado el esfuerzo de la danza, tanteando su carne tierna que tanto consentía —y ya que su sable se había alzado hacía mucho—, la hendió por fin y el júbilo de los cuerpos de ambos se volvió tan encendido como hacía mucho no veía que ocurriese en los aposentos señoriales. El Sultán se reclinó en el sólido tálamo bajo las constelaciones ficticias de su baldaquino e hizo que Mihri se sentase sobre él, deliciosamente empalada en su cimitarra

túrgida, excesiva. Incontinentes, incontables fueron los murmullos graves de la concubina así sujeta a sentir crecer su deseo hasta límites nunca alcanzados.

Fija al Sultán como una escultura de mármol a su base broncínea, vi lo delgada y vibrátil que es. Sus largos senos trémulos terminan en unos pezones en forma de aguja que, rozados por los dedos del Sultán, casi la elevan en éxtasis. Grandes, negros y acuosos son sus ojos; bajo sus párpados entrecerrados y la zarza de pestañas, entreveían tal vez la aproximación del paraíso. Por el torso de Mihri, albo y esbelto, se deshilachaban los cabellos lacios y largos, y las manos del Sultán los reunían detrás de los hombros; sólo el cráter en herradura del ombligo —libre del corindón desmedido— y el triángulo nítido del pubis recortaban en negro el marfil de su tronco. Allí, entre ombligo y pubis, se movieron palpando las manos del Sultán y acaso sentían, a través del vientre delicado, más allá, en el fondo de aquel cuerpo espigado, la hinchazón de su propio órgano…

Después de los primeros movimientos ascensionales que el Sultán imprimió al cuerpo esbelto, tomándolo por las caderas, cuando Mihri perdía ya el seso y el sentido, dejando escapar sonidos velados y haciendo danzar el vientre y trepidando, él la inmovilizó cogiendo entre sus dedos, como firmes pinzas, los pezones tan sensibles de los senos. Intentó ella debatirse y consumar lo que tanto la encendía, lo pude ver bien, pero las manos del Sultán, expertas, le impidieron murmurar y moverse. Así se quedaron inmóviles, enmarañados el uno en el otro, enredados, ovillados, enlazados, y yo dejé de distinguir los miembros de uno y otro, en la penumbra que bajaba, fundiéndolos, disipando sus contornos, y me dejaba como hipnotizada por el fondo incierto de las formas que miraba. En esa beatitud de la entrega estaban como rodeados por una lámina de olvido que los preservaba del mundo.

¿Cómo decirte, Pierre, el tiempo que pasó sin que nada pasase? Vagidos, gemidos tenues, quejumbrosos sones de concubina entre el refrenamiento y la furia del deseo marcaron poco a poco la duración. El cuerpo de Mihri

temblaba de arriba abajo, se diría que lo agitaba la fiebre. Sus muslos apretaban los del Sultán: agotados en vana convulsión, querían obtener el premio de un placer supremo. Los ojos enormes de Mihri rebosaron de lágrimas que corrieron por sus mejillas arrastrando el *kohl*, trazando negras venas en el cuello y en los senos. Me preguntaba yo, sabiendo que el carnal sable erguido del Sultán se le entrañaba hasta la médula, cuánto había de dolor y de placer en tan prolongado empalamiento.

Entonces el deseo sultánico se vertió lento en las entrañas de Mihri, y el de ella la sacudió entre interminables convulsiones, como si la estremeciese una fiebre muy alta. Mucho tiempo después, conservaban aún la misma posición. Mihri seguía temblando, parecía sucumbir a un frío inexistente; le puse sobre los hombros un abrigo de piel de cebellina. Cuando por fin lograron desunirse, el Sultán se abatió sobre el lecho, doblegado por un sueño profundo, mientras la concubina, soltando susurros de dolor, con la mirada perdida, las mejillas inyectadas, los senos túrgidos, las piernas flojas y temblorosas, fue llevada por dos eunucos en una camilla, envuelta en una sábana de lino sobre la cual extendí una piel de pantera.

La busqué al día siguiente, alarmada por su salud. Yacía en su lecho mullido, ajena a las comidas comunales, al *hammam* que se preparaba y al bullicio habitual del harén. Me confesó (y me pidió total sigilo, que sólo traiciono contigo) que el episodio de amor de aquella noche la había lanzado a un éxtasis absoluto, reuniendo en ella las delicias más profundas del cuerpo con las aspiraciones más elevadas del alma, hasta un punto tal que no había creído posible. A medida que la unión se prolongaba, como si el tiempo sólo estuviese marcado por una palpitación profunda de las entrañas, había sentido crecer en ella una ola grandiosa de exaltación y exultación, algo enorme que la excedía y la acrecía más allá de los límites de su cuerpo, de su ser, de su mundo, y hasta tal vez del mundo. Había sufrido un violento trastorno que la había arrasado, sumido en el sombrío intervalo entre placer y dolor, tiempo y eternidad, y en él

había vivido su propia experiencia del paraíso (en el cual no es seguro que se admita a las mujeres). No dudo de que, si Mihri le da un hijo varón, el Sultán la hará *ikbal*. Pero, pensando en su desprotección en la sociedad del Serrallo y recordando lo que ocurrió con Zaïnab, temo por su suerte. Obtuve del Sultán que, en los regresos de Mihri al harén, bien entrada la noche y por pasadizos secretos, la escoltasen unos eunucos armados.

Después del amor con Mihri, el Sultán se sumió en sueños y meditaciones; pero, al iniciarse el crepúsculo del día siguiente, mandó llamarla de nuevo. La encontré durmiendo, toqué sus labios, después sus senos; y el despertar, como un volver a la vida siempre extraño y penoso, la vio desperezarse y ronronear palabras indistintas. Con excitación recibió, a través de mi voz, la petición del soberano. Asistiendo a sus preparativos rápidos y diestros (no parecía la mujer que, en la víspera, gemía y tiritaba en el dolor de la inmovilidad y en la voluptuosidad suprema), descubrí su pasión impresa en cada gesto, en cada mirada al espejo, y reparé en lo joven que era: no superaba los diecisiete años… La acompañé, envuelta en finas sedas, a los dominios sultánicos. Sólo se le veían los ojos negros en una franja del rostro, esperando impacientes, hasta que las puertas de bronce chirriaron y se abrieron de par en par.

¡Con qué gula ávida la desnudó el Sultán! Después de liberarla al fin de los pliegues de seda que la velaban, le ordenó la posición de amor de las razas condenadas de Gog y Magog (bíblicas, después coránicas) que tanto apreciaba, aunque abominada por la Tradición. Ella sintió de nuevo su vientre socavado por la vara indomable que parecía ir más allá de los límites de la carne, arrojando su alma hasta el último cielo. Con trazos en sepia dibujé, en una hoja virgen, la forma en que se unían. Cuando Mihri sintió acercarse el sismo devastador, apogeo del deseo, el Sultán se apartó de su cuerpo implorante, y ella se quedó gimiendo en la intransitable posición que le ordenaban, con los párpados bajos y, en el rostro, la máscara de la satisfacción diferida.

El Sultán se inclinó sobre el cuerpo fresco que se le

ofrecía, la barba rozó el interior de los blancos muslos, labios y nariz exploraron la extensión sensual de su piel, dominio vasto como todo un reino. Entonces hincó los dientes en la nuca de la concubina y la mordió larga y firmemente; los labios se deslizaron por su tronco, por sus miembros, y le mordió los brazos blancos y el lomo arqueado, los muslos, la bella curva de las piernas, los ijares, los hombros, el cuello, los pliegues de las axilas y los senos. Eran mordiscos firmes y profundos, que hacían a la víctima debatirse soltando finos gritos de dolor matizado de goce, e iban esparciendo en su cutis pálido grandes marcas, como de mariposas violáceas atraídas hacia una pared blanca delante de la luz. De nuevo el vergajo del Sultán se deslizó hasta el vientre de Mihri, que se había abierto en un gorgoteo acuático, y de nuevo se detuvo antes de la conflagración. Y así prolongó la noche, ora adentrándose en el cuerpo de la concubina y llevándola al umbral del éxtasis, ora soltándola para morder, pertinaz, las superficies aún incólumes, cada vez más raras, de su cuerpo.

Sólo muchas horas después, con Mihri suplicante, corriendo calientes lágrimas sin cesar por su rostro, como lava, y goteando ya de las estalactitas de sus senos, consintió el Sultán que un sismo, que pareció sin fin, la sacudiese, y los jugos soberanos le inundasen las entrañas. Poco a poco, todo se aplacó, Mihri deshizo la cruda posición de Gog y Magog y cayó sobre el lecho. Estaba jadeante e inundada carnalmente por el semen del Sultán; espiritualmente su felicidad era suprema; y parecía tan herida en la carne como extática en el ánimo. En el ventanal se adivinaba la aurora, relucía el lucero de la mañana. Acompañé a la concubina a su habitación; nos escoltaban cuatro eunucos armados. Mihri, tambaleante y pálida, iba envuelta en los sedosos frunces de su túnica, que cubría las marcas dejadas por los dientes del Sultán, ese enjambre de mariposas de la noche azules y negras que en ella se habían posado: ninguna se transparentaba a través de las orlas de la seda, lo que parecía improbable de tantas que eran.

Cuando llegamos y los eunucos se fueron, Mihri balbució, ardiendo tanto de fiebre como de pasión, que nunca se había

atrevido a suponer que tendría acceso al paraíso en vida. Le propuse el mismo bálsamo calmante que Baladine diera para extender por la piel de Nailé después de haberla flagelado largamente con un falo flexible; pero ella se negó. ¿Quién, sintiéndose en el paraíso, aceptaría ungüentos y remedios? Cuando se desvistió para sumergirse en la cama, las dos compañeras de habitación se despertaron, colmándonos de preguntas, entre exclamaciones de asombro, consternación y júbilo. Me retiré y me encaminé por un pasillo alto y abierto al exterior. Llevaba en la memoria, con nitidez pasmosa, los contornos y las formas del amor vivido por el Sultán y la joven odalisca. La fragancia de los jardines y de las tierras labradas ascendía en la madrugada, los sonidos solemnes, musicales, de los cortones y los grillos saliendo del crepúsculo me trajeron un bienestar de nirvana.

Uno de los misterios del amor, de la combustión poderosa de los celos, me dijo un día el Sultán, es que el fuego del deseo se consuma dejando indemne a la mujer amada, como si ella escapase intacta a la más violenta de las erupciones. Ahora, así marcada, Mihri, la hurí por excelencia, transportaría por la extensión de su piel, firmamento ilimitado de deseo, deseante, deseable en extremo, el cuño duradero de aquel que la poseía (de *possideo, possidere,* tener en su poder y disfrutar de la posesión): y era como si el fuego del amor permaneciese con ella.

Pierre, querido Pierre, trasponiendo la distancia entre los continentes, *mostrarte los frutos del voyeurismo al que me incitan es señal indeleble de amor*, como si, contemplando aquí todo cuanto sabes, sintiese que me ves, y contigo comparto, abismándote en ellos, episodios de la vida del Serrallo que desfilan ante mí. Tal es la intención de estas cartas y la esencia amorosa que las impregna.

Tuya, afectuosamente,

Denise

Post scriptum. Casi dos meses después de las dos visitas infructuosas a la cama del Sultán, Demonassa me confía que no le dijo nada a nadie de lo ocurrido, pero que carga con el pesar profundo y el desaliento de no despertar los impulsos y

apetitos del Sultán porque, amándolo ahora por encima de todos los seres visibles, su mayor deseo es ser un día deseada por él y darle un hijo. Abrazó la fe mahometana y vive para el Sultán, que la ignora. Me admira el mimetismo humano, cómo esta joven *serraili*, que hace poco aún lloraba su rapto y su triste condición, se engolfa ahora en los preceptos del Serrallo y los hace suyos a tal extremo. Lamentará así, triste suerte, un amor no correspondido, presa de un tan funesto deseo[13].

Décima carta

Serrallo del Sultán, 30 de noviembre

Pierre, amor mío:

Desde mi habitación, que da al norte, ora batida por el viento, ora tocada por la brisa, oigo sonidos casi inaudibles en el ala grande del harén. La noche del 28, el Sultán no me pidió que convocase a ninguna mujer a sus aposentos, ninguna concubina traspasó, pues, las puertas de bronce. Supongo que habrá ido a la ciudad, tal vez en busca de Roberte.

Noche terrible y de terror. A las tantas, gemidos lejanos, voces plañideras rasgaron largamente la oscuridad y, de vez en cuando, se elevaba un bramido de hombre, salvaje y depravado, al que se unía un grito desgarrador. Esos sonidos duraron varias horas, y los intervalos entre ellos creaban un escenario vacío y negro por donde crecía la angustia. Por fin, la noche se quedó silenciosa. Escruté el silencio, no me llegó ningún sonido humano que proviniera de las entrañas del palacio. Intuyendo lo que había ocurrido, me preguntaba: ¿estarán vivos? ¿Desvanecidos? ¿Moribundos? Y me dominaba la aflicción. Cuando la noche cruel estaba ya avanzada, y sospechando lo que había ocurrido, bajé con pasos medidos y prudentes al patio de las ejecuciones, junto a la Torre de los Ajustes, y a la primera luz de la mañana, estando desierto el vestíbulo, fui a mirar y encontré, sobre el tocón de cedro del Líbano destinado a las ejecuciones, los testículos de doce jóvenes, allí abandonados como dátiles frescos; y entre los coágulos, un machete con hoja de acero estaba clavado en la madera, como reposando de su fiero trabajo. Así es: consumada la ceremonia, se retira el verdugo mameluco; algún burócrata le paga en lingotes de oro su

torpe tarea, que él desempeña atento a la técnica, con gestos eficaces, brutales, subrayando siempre con un bramido de escarnio y de triunfo cada golpe certero. Ni siquiera arranca el machete, sino que lo deja en el tocón sobre el cual los órganos separados, desdeñado trofeo, son abandonados a la cruda luz del claro de luna y, finalmente, de la madrugada.

En ausencia del Sultán, el poder en el Serrallo es asumido por el gran eunuco, figura que para mí, y desde el primer día, representa la muerte (¿no le tocó al propio Osiris, una vez castrado, reinar sobre los muertos?). Tan siniestro personaje, ayudado por eunucos subordinados —lo sé ahora—, condujo al patio de las ejecuciones a un grupo de muchachos nubios que apenas habían llegado a la pubertad. Razones del Serrallo, siempre lícitas (como en otros sitios se invocan las razones de Estado), avalan esta ceremonia cruel. El número creciente de mujeres en el harén y la muerte de algunos eunucos recomendaron un aumento de esta casta de esbirros que, sin nacer para ese fin, tienen que ser privados de sus partes en cuanto entran en el Serrallo. Los maniatan y los exponen a aquellos mismos a quienes se volverán semejantes; llega el mameluco que los mutila; y, al perder los órganos que dan vida, aseguran —suerte amarga— un modo de vida vitalicio, de otro modo precario, acaso imposible.

El horrible ritual, arrastrando el miedo y la abisal angustia de las inocentes víctimas, trae la embriaguez del Poder al gran eunuco, que, no siendo ya hombre, reduce a su vil condición a cada uno de esos jóvenes en la flor de la vida, aún enteros como él mismo en vano ansia ser, mandando mutilarlos y lanzándolos al último escalón de la triste jerarquía cuyo vértice él ocupa. Primero, el feroz Tarig, «el que conoce el camino», se desplaza con sus hombres a lo largo del Nilo, hasta Nubia y las tierras de más allá. Allí, por rapto, intimidación o compra a precio mínimo, arranca a esos jovencitos de su mundo y de su familia y los hace seguir en larga caravana, esclavizados, hacia el norte. Atraviesan Egipto y las tierras de Asia. La llegada al Serrallo es el momento fatal: el mameluco, hombre entero, rudo sobremanera, íntimo de Tarig, verdugo del Sultán, baja al

patio aislado que ocupa el ángulo extremo del *salemlek* y recibe a las víctimas una a una. Entonces, con golpes de machete infalibles y fieras vibraciones contra el tocón de cedro que allí yace, corta los órganos que dan el ardor y animan la vida, separa los huevos fértiles de esos nubios núbiles en quienes nacían ya los primeros bríos. Así también es la muerte: *un instante sin espesor roba todas las esperanzas y deseos*, ilusiones y proyectos, y los hunde en la noche como si nunca hubiesen existido.

En la fracción de un segundo, vuelven eunucos a los jóvenes negros cuyos fulgores viriles apenas se habían encendido; todo su cuerpo y toda su alma se aflojan y pervierten, se instila en ellos poco a poco un pérfido veneno, condenándolos a la estéril lucha por un poder absurdo. Y así como las mujeres del harén viven en la obsesión del sexo y en el ansia del Sultán, los eunucos se obcecan por vigilar, reprimir, delatar y castigar, siempre que puedan, a las que infrinjan cualquier aspecto de la regla, movidas por impulsos que ellos no experimentan, pero entienden y execran.

Si no mueren, cuando la infame herida sana, los chicos mutilados se reaniman para la vida crepuscular que los aguarda y, después de someterlos a un tiempo de adoctrinamiento, se adhieren a la triste falange cuya función es impedir que alguna mujer, en solitario ardor, pase del gineceo al *salemlek*, o se entregue a algún comportamiento prohibido o sospechoso. Vigilan el *hudud*, la barrera infranqueable entre hombre y mujer; y su postura habitual durante el día es curvarse, aferrarse a los «ojos de lince» y a los huecos de las cerraduras que dan a las habitaciones de las concubinas, donde toda llave está prohibida. Y cuando, en los raros días de salida de las mujeres a los jardines del palacio (¡jardín en persa significa paraíso!) —pasando algunas horas entre plantas lujuriosas, flores fragantes, animales exóticos, encantando la mirada en seres prodigiosos—, llega la hora del regreso, los eunucos gritan con inocultable disfrute: «*Halvete! Halvete!*», que significa «¡Regreso! ¡Reclusión!». Y a medida que las mujeres convergen en la puerta del Serrallo, las cuentan hasta que, entrada la última, cierran y echan

cerrojo a los macizos portales de madera con tres vueltas de una gran llave que mueve un pasador de hierro.

Y aun así, Pierre, tranquilízate. A pesar de las cosas terribles que a veces ocurren en el Serrallo, el Sultán garantiza mi seguridad. Él es el señor perfecto del palacio, dicta o aprueba leyes, gobierna a partir de ellas y, si son transgredidas, decide las sanciones o delega en otro la decisión de los castigos y su ejecución; le compete, pues, recompensar y castigar: universales palancas del poder que siempre pasan, destiladas, de las atribuciones de los poderosos a las de los dioses y de nuevo a los primeros. Así, en la sombra de ese poder soberano y por gozar de toda la confianza del Sultán, estoy a salvo de las contingencias que las grandes tensiones sofocadas crean en el Serrallo en momentos como éste. Sí, porque la ceremonia atroz, realizada en el mayor secreto, se difundió prontamente por el harén, las mujeres, reuniendo indicios, fragmentos de verdad, reconstituyeron enseguida los hechos y mostraron excepcional turbulencia y crispación. Cualquier señal excitante hace trepidar a todo el harén, y no hay rejas, muros, eunucos ni *cravaches* que lo impidan.

Sin embargo, la economía de la libido del Serrallo promete frutos. Meses después de la noche en que el Sultán sembró su generoso semen en las dos esposas reunidas y que por él tanto compitieron —como testimonié detrás de la celosía—, Baladine, henchida de confianza y como irradiando un halo de oro, sintió cómo se le hinchaban los senos, dorados y abundantes, cómo se disipaban las reglas, se oscurecía la línea rojiza que va del ombligo al pubis, y el deseo de ser amada y hasta poseída por su señor seguía creciendo. Alberga así, en germen, un niño, y se lo hizo saber al Sultán por medio de una misiva a la cual añadió, seca, algo descolorida, sujeta entre las hojas de un libro, la flor de la digital, símbolo del ardor.

El Sultán la ha invitado repetidas veces a su lecho y la ama plena pero cuidadosamente, a fin de que el niño no peligre en audaces y afanosos juegos de amor. Falta adivinar su sexo: vino una vieja adivina y dijo que era un varón. Pero

¿cómo confiar en ese testimonio? Hasta el nacimiento, ¿cuántas dudas y deseos no nacerán aún, cuántas miradas oblicuas e intrigas no cruzarán el gineceo? También Mihri se quedó embarazada y recibió del Sultán un collar de corales sanguinolentos y tres brazaletes de oro con finas plantas grabadas. Pero luego un flujo de sangre anunció el aborto, y ella se quedó sumida en una gran inercia, en un mutismo sombrío. En vano intenté consolarla. «Una noche siniestra se alzó sobre mi destino», me dijo. Sin embargo, la atormenta la pasión y la corroen los celos cada noche que ella es olvidada y la *kadine* acogida en el codiciado lecho. Aun así, el Sultán le envió, utilizándome de intermediaria, un collar de *morion*, jaspe negro de la India, que ella recibió entre sollozos, mantuvo enrollado entre sus dedos y avivó con abundantes lágrimas.

Me llegó, mientras tanto, una carta de Roberte que dice:

> «Querida Denise:
>
> »En mi presencia, el Sultán se desultaniza y saborea el encanto de estos episodios amorosos clandestinos de naturaleza arriesgada. Así como en el palacio, donde nunca entré, un intruso es sin duda sospechoso y corre tal vez riesgos, así él en la ciudad, incógnito donde todos lo conocen, vive de algún modo en estado de “ilicitud”.
>
> »Siendo yo una concubina fuera del harén a la que todo se le permite, deambulé hoy, después de su partida, por la medina y por el *suq*: triste es la gran pobreza que aquí reina. En un contraste que me exalta y me perturba, J. Y. me regaló un enorme diamante, el célebre Aladino.
>
> »Las facetas talladas despiden una luz irreal: ojo de agua en la sombra, el Aladino expuesto al sol reverbera fuegos fulgurantes y se vuelve amenazador. Nunca he visto nada semejante, ni suponía que existiese, ni sabía que los grandes diamantes merecen y reciben nombres propios humanos bajo los cuales se esconden sentidos simbólicos… Sé que es puro fuego y

lo siento como llama astral cuando me toca la piel: refleja mi pasión en su exceso que arde, que me consume.

»Quiero creer que todas las mujeres del Serrallo se asemejan en todo, en el aturdimiento y en el tedio que emanan. Así, mis celos se diluyen. Me irrita tan sólo esa europea, esa Baladine que se pasea[14] inexplicablemente por el harén y parece tener el favor de J. Y.

»Desde que te presenté a este sultán, en día ya lejano, en la recepción de una embajada, y él llegó a contratarte para un alto cargo en el palacio, han pasado dos años, o falta poco, y pareces cada vez más presa de ese mundo extraño, mundo en miniatura y a la vez desmedido por la fuerza de los deseos y desilusiones que alberga en su seno.

»Imagino que tus trabajos allí deben de ser titánicos… ¡Ah, cómo me gustaría verte más a menudo! Al final es J. Y. quien me habla de ti, con la habitual y extrema discreción, siempre encantado por tu sabio trato para con la gente del harén, pero también seducido por conversaciones contigo, por tu inteligencia lúcida y crítica y tu sensibilidad humana y artística.

»También lo subyugan tus lecturas y las traducciones que haces de ellas, y los fragmentos portentosos que eliges, y lo que sobre ellos después decís y comentáis. Le abren más la visión del mundo y de la historia, me confió, que mil años pasados en Oriente. Lo conmovió la lectura de nuestro Montesquieu…

»Pero, más allá de la literatura, ¿de qué habláis? ¿De qué os ocupáis? ¿En qué consiste, al fin y al cabo, tu trabajo? Y ya en el límite de la indiscreción, ¿qué afectos os reúnen a ambos? Eso me intriga terriblemente. ¿Puedo acaso suponer que J. Y. no te corteja? Realmente, el gran enigma perdura: tu convivencia con él…

»Mucho me gustaría ser una indiscreta mariposa para poder espiar en los aposentos sultánicos… ¡No es creíble que una mujer como tú, tan hermosa y atractiva en todo, no seduzca perdidamente al hombre que, entre todos, aprecia por excelencia a las mujeres y encuentra en ellas, con ellas, por ellas, la fruición, el goce, el delirio supremo!

»¿Cómo puede un hombre como él quedarse indiferente ante tu encanto femenil? Mas tiene la delicada reserva de no dejar traslucir nada, y tú, la impasibilidad de una bella esfinge, no fatal para quien ignore su secreto, sino tal vez para quien lo descifre…

»¿Conoceremos aspectos diferentes del mismo hombre? ¿O compartiremos de él un aspecto común?

»Dale recuerdos fraternales a nuestro querido Pierre.

»Con afecto y dulzura, besos de

»Roberte».

Inquieta por cuanto ocurrió y observé, salí del palacio, cuyo ambiente se me volvió opresivo, y fui a ver a nuestro embajador, que me invitó a almorzar en la Embajada. Conversamos sobre muchas cosas. Volví a enterarme de que la ciudad no es del todo afecta al Sultán: cosas de mahometanos y de su religión… Censuran su riqueza, su ocio, su falta de magnanimidad (lo que me parece injusto), pero sobre todo su impiedad. Sobre este último punto, ¿qué puedo pensar? Del islam conozco más los preceptos de la vida cotidiana que sus verdaderos fundamentos, y considero al Sultán un mahometano devoto. La intriga que circula se debe acaso a rumores hostiles: cuento con que se diluya.

Roberte, sabiéndome en la Embajada, fue a buscarme. Caminamos por los jardines, recorrimos varias veces la alameda de palmeras y cedros, por donde zigzaguean mariposas caleidoscópicas a las que el sol otorga el brillo de todos los minerales. Roberte insistió en cómo se siente atraído el Sultán por el espíritu de Occidente: «Los libros que le llevas, las lecturas que haces, las ideas que discutís lo

impresionan hasta tal punto que, con su gran sensibilidad, siente que participa de dos mundos: uno real, el del Sultanato y el del Serrallo; otro ideal y mágico, al cual pertenecen las cosas de Europa».

Este aspecto del Sultán que capta Roberte, pero que a mí se me escapa, me deja sorprendida, sobre todo en este día en que me enfrenté con los restos de una ceremonia cruel y arcaica, centrada en la prosecución de los rigores del Serrallo por los siglos de los siglos.

Bajo el influjo de estas contradicciones te dejo, mi querido y amado Pierre.

Tu Denise

Undécima carta

En el Serrallo, 20 de diciembre

Querido Pierre:

Ayer por la tarde vino a verme Hatum, *serraili* comedida, de tez trigueña, pequeñas cejas densas como travesaños sobre su media sonrisa, que le forma hoyuelos en las mejillas. Es de una belleza discreta, bien mahometana. Pero las lágrimas brotaron de súbito de su sonrisa incierta: me contó cómo, olvidada en el harén, había acumulado en sí tal deseo insatisfecho que le parecía estar a punto de estallar. El Sultán la había apartado de su memoria desde la llamada preliminar para el desfloramiento, y de eso hace ya muchas y muy largas lunas. Hatum veía a las otras concubinas —con frecuencias desiguales, es cierto— recorrer de vez en cuando el Camino de las Flores y regresar en la gloria, mientras ella permanecía infeliz, confinada en la Casa de la Felicidad.

La escuché y pensé qué podía hacer por ella. Si la confiase a la sultana, la ceñiría tal vez con un cinturón de hierros ásperos, exasperantes, hasta que se calmase; si fuese a Baladine, la azotaría, para que del deseo insatisfecho brotasen deseos centuplicados y, de las quemaduras del flagelo, divinas delicias. Los modelos que Baladine y Niktérine tienen del cuerpo voluptuoso de una mujer son muy diferentes, ahora lo sé: mientras que la *kadine* lo concibe como un extenso astro volcánico propenso en todos sus puntos a erupciones de deseo, donde cualquier estimulación de las partes repercute en la excitación del todo, la sultana lo supone dividido por un meridiano que pasa entre el plano de las caderas y el del ombligo (materializado por el aro de hierro que fija el cinturón de contención de las esclavas), que lo divide en una parte superior, humana, y en otra inferior,

animal.

Me propuse entonces ayudar a Hatum en sus justos intentos, o al menos proporcionarle una hipótesis de encuentro amoroso, sugestionando al Sultán con sus propios triunfos, en la ingenuidad del adolescente inmortal[15] que tanto atrae a Roberte. Así, cogí el Libro del Serrallo, acosté a Hatum, desnuda, sobre un duro colchón, y tracé un esbozo de su cuerpo femenino y firme; después me acerqué y dibujé su rostro singular y su sonrisa inacabada. Intercalé la nueva hoja en el lugar correspondiente y dejé en ella un marcador de libros. Poco después me llamó el Sultán. Me pedía que le leyese algo de la literatura de Occidente sobre el amor, y le leí pasajes de *La princesse de Montpensier*, traduciendo el texto hasta el fragmento que termina diciendo: «*et aimant cette princesse avec une passion qui ne pouvait plus le laisser vivre dans être aimé, il se détermina tout coup*
l'incertitude
d'en
d'un
»[16].

Cuando, o saciado de literatura o alertado por ésta sobre los peligros del amor, el Sultán me hizo un gesto para que interrumpiese la lectura, tomó el Libro del Serrallo, lo dejó que se abriese al azar, como entregado a la elección divina, y encontró mi dibujo del rostro de Hatum. «¡Ah, qué púdica es ella y qué provocadora su sonrisa!», y me pidió que la trajese enseguida. ¡*Hamdúlila*, gracias a Dios!

Hatum llegó silenciosa, con babuchas de raso. Le quité la ropa con mis manos. Viendo surgir aquel torso fino sostenido por anchas caderas y gruesos muslos sólidos como columnas dóricas, el Sultán sintió de repente el asedio del deseo, que lo inundó como una marea viva. Ninguna joya adornaba aquel cuerpo deseante, lo que acrecía, paradójicamente, su encanto. Le sujeté las manos por encima de su cabeza y la hice describir una vuelta entera, como una bailarina en un giro, ofreciendo a la vista y a la fantasía del Sultán sus beneficios bajo todos los ángulos.

Sobre una alfombra persa, donde dispuse dos pequeños

cojines de terciopelo para las rodillas, frente a un gran espejo allí dispuesto, Hatum se puso de bruces, siguiendo mi consejo. El Sultán se ciñó a ella, y su miembro —cual pitón que, sintiéndose cerca de la presa, se desliza por estrecha y negra hendidura, persiguiéndola— la invadió. Ya un gran sismo iba a sacudir el cuerpo de la novicia y su grupa poderosa se entregaba a los compases divinos del deseo sin brida. Pero el Sultán quiso la sensación de un reinicio: salió del cuerpo ardiente y Hatum soltó un lamento; aunque luego sintió que se enterraba en lo más profundo de su carne lo que la liberaría. Las palmas de las manos sultánicas golpearon con fuerza, acompasadas, el trasero de la concubina, cuya satisfacción estalló, incontenible.

En el gran espejo fijado enfrente, Hatum vio sobre ella el bulto del Sultán, mancha oscura y opulenta; el Sultán vio su miembro, que se hundía en la consentidora carne; y yo misma vi en el espejo la oscilación de los pequeños senos y de las anchas caderas de la concubina y cómo el cuerpo del Sultán se blandía en sístoles y diástoles vigorosas que se perdieron por fin en un apogeo de astro, todo bajo la luz oblicua de un candelabro cuyos brillos duplicaba el propio espejo, tiñendo los cuerpos rutilantes de sombras. Pero una esquina del espejo, recibiendo el vaho de la joven novicia, había ocultado un ángulo de la escena.

23 de diciembre, hacia las cinco de la tarde

Querido mío, querido mío:

Éstas son las noticias de los momentos lúgubres y actos atroces que se precipitaron sobre el Serrallo. Sólo dos días transcurrieron después de los serenos hechos que he contado (dejada abierta aún la carta), y el Sultán salió ayer hacia la ciudad con la escolta de algunos guardias negros que lo dejarían en el lugar adonde acudiría Roberte. Mientras tanto, se fueron adensando las nubes grises, cada vez más cargadas, después negras. Todo el cielo quedó encapotado. Al atardecer, hubo un momento en que, a lo lejos, la ciudad, los

minaretes y las cúpulas de la mezquita, las murallas de la *casbah* refulgieron tocados por un oblicuo, improbable haz de sol. Tuve la impresión de no haber visto nunca nada igual, esa luz espectral bajo un cielo sepia, y sentí por momentos que la ciudad y el Serrallo me eran profundamente extraños, casi hostiles.

Más tarde, en plena noche opaca, se desató una lluvia diluviana martillando las ventanas del palacio, como tambores terrenales percutidos desde el cielo. Vino la tormenta, ráfagas de luz cayeron desde las tinieblas y se dividieron en nervaduras finas persistentes en la oscuridad. Oí entonces dos tiros, que prolongaron los silbidos de las balas. Alguien golpeó la puerta de mi habitación y distinguí una voz femenina que llamaba. Era Hatum, intimidada por la tempestad, que buscaba refugio junto a mí. Había creído oír disparos en la noche turbulenta y la asaltaron presentimientos nefastos. Había cesado en ella el deseo doloroso, exorcizado por el Sultán, pero había dejado como un vacío y una culpa en su cuerpo y en su espíritu; y la tempestad, y el insomnio, y los tiros que oyera habían entrado con el miedo por ese hueco del alma, dejándola aterrorizada.

La reconforté, la guié de nuevo hasta su habitación y regresé. El harén dormía, hipnotizado por el golpeteo de la lluvia. Oí entonces, nítidos, más tiros, disparados sin duda desde los torreones defendidos que se alzan como hitos regulares en la muralla exterior del Serrallo: la Guardia Negra abría fuego contra algún asaltante. El Sultán no estaba esa noche en el palacio, había bajado a la ciudad para el encuentro con Roberte. Me dominó la inquietud. Me puse un albornoz y salí al pasillo que da al *salemlek*. En una curva del trayecto me encontré con cinco eunucos armados y enardecidos. Pregunté qué ocurría; me miraron, se miraron entre sí sin decir palabra y siguieron su camino.

Me puse a pensar en la situación: el Sultán ausente, la noche negra y tormentosa, la ciudad sublevada, tiros de la guardia, eunucos armados… ¡Alguien había entrado o había querido entrar en el Serrallo! Sea lo que fuere lo que estaba

ocurriendo, lo recomendable era mantener la calma. Por ello, regresé a mis aposentos y me tumbé vestida en la cama, cansada e inquieta. Un filo de insomnio me cercenaba el sueño. Me quedé atenta al gran silencio tenso que siguió a la tempestad. Oí entonces un ruido violento y el grito del mameluco, insano. Me sobresalté. Minutos después, esos sonidos se repitieron. Hasta que sonó un tercer golpe y, con él, se elevó un tercer grito aterrador.

El enigma profundo de esas señales en la noche me obligaba a intentar descifrarlas. Esperé un tiempo más antes de decidirme. Entonces, movida por un impulso, encendí una lámpara y atravesé los pasillos que conducen de la torre en la que me alojo al patio de la Torre de los Ajustes, donde todo se desencadenaba: ahí habían comenzado los sonidos; ahí encontré hace tiempo, después de la castración, los órganos viriles de los adolescentes destinados a ser eunucos. Antes de entrar, oculté la lámpara bajo el faldón del albornoz y aguardé en la sombra a que alguna presencia se traicionase, pero aún imperaba un gran silencio.

Me asomé a la puerta, recorrí con la mirada el patio cerrado entre muros. La luz mostró en el suelo un objeto negro, el tocón de cedro del Líbano, y sobre él objetos inquietantes que llegué a reconocer. Así se confirmó mi sospecha al oír los rudos sonidos y los bramidos salvajes: ¡allí había tres cabezas humanas cortadas! Los tres incautos jóvenes que, con la mira puesta en las mujeres del harén, se habían infiltrado en el Serrallo resguardados por la tempestad. Mas, tras ser sorprendidos, fueron apuntados con armas, hechos prisioneros, luego sentenciados y por último decapitados.

Nacía la aurora. Las cabezas estaban apoyadas en el funesto madero por la zona de la decapitación, entre la nuca y la barbilla, y bajo los párpados caídos parecían mirar la luz sanguinolenta que ya se escurría desde un punto del cielo anunciando el sol. Me incliné y las miré una a una, escrutando residuos de lo que habrían sido aquellos hombres, aquellas vidas, aquellos universos sellados que la presencia del mundo había hecho palpitar de creencias y querencias,

memorias, proyectos, desesperaciones y deseos y, finalmente, el afán insensato de seducir a las mujeres del Sultán. Resultaba enigmático que se hubieran llevado los cuerpos, dado que las cabezas yacían ahí, sobre un charco de sangre que se volvía negro, en el absurdo de su soledad, como esfinges que ofreciesen sus rasgos asombrados en los que enmudece el misterio. Alguien acabaría por llevárselas de allí, claro. Pero ¿adónde y cuándo? ¿Al anochecer, para que la violencia de la justicia se deslizase encubierta? ¿O a plena luz, para que sirvieran de terrible ejemplo?

Me habían descrito decapitaciones con alfanje, y yo me representaba la escena como algo anacrónico sepultado por la Historia. Contaban cómo, de un solo golpe, el verdugo hacía saltar la cabeza, y la sangre chorreaba, suscitando en él y en los que asistían un instante de voluptuosidad violenta; y que, en cuanto el cuerpo se enfriaba y la sangre se coagulaba, la excitación disminuía y los despojos dejaban de interesar, retirándose la turba. Todo eso me parecía inverosímil, casi irreal… Estaba pensando en esto cuando llegó de los jardines el canto altivo de los pavos reales, que me hizo volver a la realidad e irme de allí.

¿Cómo admitir que, bajo las órdenes últimas del Sultán, cuyas liberalidades se traslucen a través de la llaneza y elegancia del trato, de la delicadeza de los sentimientos, del amor por la literatura, se cumpliese de golpe tan cruel decisión? Es como si, en el espacio del Sultanato y del Serrallo, la violencia amedrentadora despertase de repente la intolerancia, la intimidación, la Revocación del Edicto de Nantes[17]…

Había nacido el día y, con él, el alboroto en el harén, donde todo se sabe sin que se sepa cómo, tal el polvo del desierto cuando entra en las casas de ventanas calafateadas, revelando fuera la tempestad. Un saber tejido de verdad y fantasía, donde se insinúan el miedo, el deseo, el miedo del deseo. Sin duda los eunucos, que circulan entre los dos mundos, pueden ser sobornados por alguna de las mujeres reclusas, prestando informaciones parciales, si no premeditadamente erróneas. Hoy, el bullicio del despertar

adoptó un tono conspirador y patético, que creció durante el día, y yo no pude contarle a nadie lo que vi y sé, a pesar del asedio de grupos de concubinas alarmadas que me hacían preguntas.

En medio de la excitación general, un eunuco me entregó una carta de Roberte, lacrada, enviada al palacio por el correo urgente de la Embajada. La letra expresaba tal desorden de ánimo, tal perturbación, que me costó distinguir en ella la caligrafía fina y preciosa de Roberte. Leí:

> «Mi querida Denise:
>
> »¡Encuentro terrible, terrible! Después de haberme despedido de J. Y., y cuando el sol vivo del mediodía parecía haber disipado los restos de la tormenta, caminé al azar de mis pasos, mecida por un sopor benéfico del alma que me balanceaba entre el amor y la luminosa esperanza en el futuro.
>
> »Fue entonces cuando, al ver gente amontonada a la puerta de la medina, me dirigí hacia allí. ¡Visión atroz! Colgadas de antiguos ganchos que están ahí desde hace siglos con esa única función, ¡se veían expuestas tres cabezas humanas… sujetas con alambres, secándose bajo el azul inclemente del cielo!
>
> »Tal espectáculo me precipitó de los Campos Elíseos a lo más profundo del Hades. ¿Por qué exhibir ante la multitud tres cabezas de hombres degollados?
>
> »La gente rondaba y miraba, murmurando. Miradas de soslayo de los hombres se fijaban en mí, mujer extranjera, y para colmo sola. Me escapé de allí con angustia en el corazón.
>
> »Varias dudas me asedian y la primera es: ¿habrá alguna especie de conexión entre estas ejecuciones y la vida en el Serrallo? Los rumores en la ciudad son de sordo descontento, a veces de ira, y tal vez J. Y. ya corra peligro.
>
> »Dime, querida Denise, y cuanto antes (me roe la aflicción), si sabes y qué sabes de este caso tenebroso, y si J. Y. ya se encuentra allí y qué piensa de este

horror y adonde irá.

»Un abrazo inquieto, atormentado, pero muy fuerte, de tu

»Roberte».

Tales son, Pierre, los infaustos y sombríos hados que nos rondan. Pero más allá de ellos existe, intacto, luminoso, mi amor por ti.

Denise

Duodécima carta

7 de enero

Mi amor:

Un torbellino de irrupciones y rupturas inauditas sacude el Serrallo y el Sultanato. Se alza por todas partes, como el polvo del desierto levantado por el viento *khamsin*, obscureciendo el futuro. En el Serrallo, golpe de teatro y, quién sabe, de Estado: *Baladine parió, de madrugada, un hijo varón*, de sólida complexión y espléndida salud; de las elásticas vísceras lo echó al mundo lleno de celadas, del cual ya saborea las primeras delicias. Lo llamaron Amru, tomando así el nombre del terrible general del califa Ornar que mandó prender fuego a la Biblioteca de Alejandría, destruyendo los saberes, los valores y la memoria de la Antigüedad. ¡Bajo el signo del fuego vive Baladine!

Los preciosos jugos seminales del Sultán, fertilizando a las mujeres del gineceo, no habían producido sino hembras salidas de hembras, como muñecas rusas. He aquí que, por primera vez —de las entrañas de Baladine, la muñeca rusa por excelencia—, salió, ante el pasmo universal, ese pequeño macho vigoroso. Encanto del Sultán, que, exultante, obsequió a la esposa triunfal con una diadema de oro con esmeraldas incrustadas —una diadema real— y le concedió el título de sultana. Consta, al mismo tiempo, que repudió a Niktérine, debiendo ésta irse en breve a su palacio, mientras cesa su poder en el Serrallo, después de un largo declive que dejaba prever este ocaso.

Por la mañana, Roberte me convocó a la ciudad con una solicitud urgente garabateada en una misiva, proponiendo una cita en el club inglés. Atravesé en *calèche* la ciudad, extrañamente desierta, de la que emanaba un ambiente de

misterio en contraste con el aspecto populoso y rumoroso habitual. En un rincón del club, también vacío, estaba Roberte. Casi como reclusas entre dos biombos dispuestos en armonio, inclinada yo sobre una taza de té de menta humeante, ella sobre un oporto, me susurró Roberte su desasosiego con una voz quebrada por el cansancio. El caso era que grupos coordinados de mahometanos, que hacía mucho conspiraban en secreto, cada vez más visibles para quien supiese mirar, preparaban una insurrección armada contra J. Y., a quien acusaban de impiedad y corrupción de costumbres, crímenes que aquí se pagan con la muerte. De fieles informantes del cuerpo diplomático, franceses, ingleses y suecos, había escuchado en las últimas horas siempre la misma versión: la revuelta, largamente incubada, podría estallar en cualquier momento.

Me pedía Roberte que le entregase una carta al Sultán con máxima urgencia y lo persuadiese para que no la buscase en la ciudad bajo ningún pretexto, pues correría un peligro extremo. La propia carta trazaba las directrices que él debía obedecer con todo detalle para salir del palacio y encontrarse con ella en cierto barco fondeado en el puerto, que levaría anclas a media tarde para dejar el país y ponerlos a salvo; sólo así salvarían la vida, puesto que ninguna embajada podría darle asilo: tan fuertes y fanáticos eran los odios atizados contra él y los medios urdidos para eliminarlo. Y, si lo eliminaban, ella no viviría… Me exhortó además a que me uniese a ellos en la fuga.

De vuelta al Serrallo, recorrí el palacio e interrogué a medio mundo sin conseguir encontrar rastro del Sultán, de quien nadie tenía noticia cierta. Entendí que el plan de Roberte consistía en apropiarse de su amante, especie de rapto amoroso so pretexto de los acontecimientos, alejándolo del harén y llevándoselo consigo; pero siento y sé que algo grave y terrible está a punto de desencadenarse. Temo por Roberte, por el Sultán, por todas las mujeres de aquí y por mí misma. Sobre el tablero de la mesa de malaquita de la habitación del soberano, delante de la concelebrada cama de dosel, dejé la carta de Roberte y, en el sobre, escribí con

mayúsculas y en rojo: URGENTE. TAL VEZ FATAL.

Mientras tanto, vino a contarme Nufissa, en un murmullo al oído en el que su aliento perfumado se mezclaba con su emoción y la vehemencia de las palabras musitadas, que el Sultán, después de una conversación áspera y amarga con la sultana Niktérine, habría pronunciado —irreparable imposición— la fórmula de fatídicos efectos: «¡Te repudio! ¡Te repudio! ¡Te repudio!». Nufissa, inclinada y atenta, había escuchado toda la historia a partir de una conversación sigilosa que había sorprendido entre el gran eunuco y otros de su casta. Siendo así, la aguja magnética del destino cambiaba de rumbo, al igual que las reglas del poder en el seno del Serrallo.

La sultana repudiada salió hace poco del palacio, cubierta por un albornoz azul oscuro, rodeada de un enjambre de sirvientas, esclavas, eunucos. La vi subir a un coche tirado por dos caballos, que la esperaba en el jardín interior y la conducirá a ese palacio-túmulo adonde el Sultán jamás la llamará —ni siquiera en las noches que le estaban destinadas, cuando la luna se tallaba en menguante o creciente perfectos —, dejando sin saciar su cuerpo maduro, aún hermoso, aún habitado y hasta subyugado por la voluptuosidad. Ya no gritará en trance: «¡Dios es grande!». Tal será su sino…, a menos que, desde el horizonte en llamas, se susciten nuevos hados fastos o nefastos.

Visité a la nueva sultana, que recibió antes del mediodía asistencia clínica: el viejo médico, escoltado a la vista por eunucos, es el primer hombre —después de Amru— que penetra en los espacios del gineceo desde mi llegada aquí. Baladine se encuentra en la gloria, eufórica, y todos sus sueños adquieren vida: reúne ahora la condición de favorita y el título de sultana. De momento, está indemne a los rumores de sublevación, que ya circulan a media voz por el harén. Me recibió con una sonrisa en la que afloraban el deleite y la razón del poder. Toda ella irradia como un halo fosforescente de su carnadura. La rodeaban las más fieles compañeras: la blanca Nailé, que un día la había provocado en el baño —cual baño de Diana—[18] y que por sus manos había conocido

los éxtasis de la flagelación; la morena Djemilé, que la había ayudado; la esbelta Nufissa, de portentosa lengua; la nigérrima Yektá, que había flagelado a las prevaricadoras después de la quema del criptofalo, ahora por fin libre de los aros de hierro que, desde el edicto de la antigua sultana, magullaban su carne y cerraban su sexo. De los botones florecientes de sus senos (donde su señora suavizaba y enrojecía los labios) chupaba ahora, ávido, Amru, mancha blanca en su regazo, aguardando la ofrenda de las mamas sublimes de su madre. ¡Dichoso príncipe! No nació bien, y los primeros senos que pudo aferrar fueron las ubres soberbias de Yektá, y los primeros pezones que chupó tenían el tamaño y la consistencia de moras silvestres, de esas que crecen en los zarzales, enlazadas por la elegancia altiva de la madreselva.

La nueva sultana no abrigaba la menor sospecha acerca de lo que se desarrollaba en el exterior, y yo nada le comenté, pensando en la gracia de su estado y en el bálsamo de la ilusión. Solamente dije: *maktub*, «está escrito», como un ademán que buscara acordar la fatalidad humana con la voluntad divina. Paralelo a la cama donde estaba la sultana Baladine, sobre un banco de marfil cubierto de un cojín bordado con hilos de oro, reposaba al alcance de su mano un cetro (especie de criptofalo de oro macizo, aunque austero), y junto a él la diadema y un látigo de cuero negro, y si el brillo del cetro era el de los cabellos de la nueva sultana, el color de las gemas de la diadema real era el de sus ojos garzos. Antes de saber si nacería Amru, ya había mandado el Sultán forjar tan simbólica joya. Así dejé a Baladine —de ahora en adelante adoptará el nombre de Merline—, impávida y olímpica en la festival alegría de no ser ya *kadine* sino sultana y madre de una dinastía.

[…][19] hora tras hora la situación se transforma y agrava. Y las cosas se suceden a un ritmo frenético, como si varias líneas movidas por el destino convergiesen a la vez en un punto central, y ese punto fuese el Serrallo. En el momento mismo en que te escribo, Pierre, cae la tarde. Oigo disparos por el lado de la ciudad y tiros de cañón, que parecen crecer. Nubes de humo se levantan desde varios puntos más o menos

distantes. Acabo de atravesar el gineceo; tremenda confusión se vive allí, y la ansiedad se propaga sin disimulo. Los eunucos han desaparecido del harén, y las mujeres viven en la excitación de lo que se delinea a lo lejos y hacia ellas avanza, suspendidas entre el miedo y la esperanza de esa aproximación.

A esta hora, el barco en el que Roberte había citado al Sultán ya ha zarpado, su silueta cruza la orla de mar que se avista desde los torreones del palacio. ¿Habrán embarcado y partido? Me quedan dos lugares en los que hacer frente a los acontecimientos: la Embajada, donde estaré a salvo, o el Serrallo. Pero mi elección está hecha: en el palacio viví y ahí me quedaré. Aquí trabajo desde hace muchas lunas, aquí he presenciado dramas, pasiones y desastres funestos: pertenezco a este sitio. A la puerta de la muralla exterior aún se encuentra la *calèche* que me transportó por la mañana; pagué al conductor para que lleve esta carta y te la envíe lo antes posible, sea por vía diplomática (adjunté una tarjeta para el embajador), sea, si la situación llegase a permitirlo, por correo normal. Pero el precio de la amenaza es alto y doloroso, y acabo de librarme de una cruel tarea: la de *quemar los dos grandes fajos de tus cartas*, que podrían comprometerme si el palacio llega a ser registrado por una horda de fanáticos, lo que parece inminente. Pensé también en destruir el Libro del Serrallo, pero no he podido encontrarlo.

En la tarde de cielos sombríos por donde corren nubes bajas, espesas y veloces, indiqué a dos esclavas lo que debían hacer. Subí con ellas una escalera de caracol que da a una terraza sin otro acceso. Allí se destruyó —oh, tristeza— todo lo escrito por ti, ofrenda de amor y mi consuelo en este lugar inhóspito, eco de tu voz, reflejo de mi larga indiscreción acerca de las cosas del Serrallo, que podría comprometer a tantas personas. Una de las esclavas dispuso ramas secas de sicómoro, a manera de rayos, sobre las baldosas; la otra, la amable Esma, les prendió fuego. Yo misma desaté los lazos fuertes que envolvían las cartas y las abandoné una a una, desnudas e indefensas, sobre las llamas; luego éstas crecieron,

ávidas y despiadadas. La ceremonia duró poco y sólo quedó, entre las últimas ascuas, una fina capa de ceniza que Esma recogió en una pequeña ánfora y que será entregada a los vientos. El valor insurrecto de la palabra escrita queda así eliminado; restan contigo las cartas que te escribí desde el Serrallo.

Adiós, amado Pierre. Cuento con saber en breve algo de ti y con darte a saber algo de mí. Te amo mucho, eso lo sé, sin saber en verdad qué es el amor.

Tuya,

Denise

Notas

[1] «Que nos resistamos a nuestras pasiones se debe más a su debilidad que a nuestra fuerza». < <

[2] Roberte, autora de esta carta adjunta, usa aquí la expresión «*qui m’envoûte*», de difícil traducción. < <

[3] En La Meca, el ángel indicó a la sedienta Agar el pozo de Zemzem, que significa «del agua rumorosa». < <

[4] El *temená* es un saludo turco que consiste en bajar la mano derecha hasta el suelo, levantarla después hasta la altura de los labios y por último hasta la frente. La intensidad del gesto y de la reverencia que lo secunda es más acentuada en función del estatus de quien saluda y de quien es saludado. < <

[5] Pasaje ilegible en la carta. < <

[6] En el texto: «*les lois de l'hospitalité*». < <

[7] En el texto: «*Roberte ce soir*». <<

[8] Según la tradición islámica, Gog y Magog son pueblos ignominiosos, atrincherados detrás de altas murallas situadas a orillas del mar Caspio, y que «copulan como los animales». <<

[9] La autora de las cartas parafraseaba problablemente el versículo en el que está escrito: «No podréis ser equitativos con *vuestras* mujeres aunque queráis. No os inclinéis por completo *hacia la favorita* y la abandonéis en suspenso. Si establecéis la concordia y sois piadosos, *Dios lo tendrá en cuenta*, pues Dios es indulgente, misericordioso» (El Corán IV, 128). < <

[10] «[Habla un eunuco] Cuando pienso en los encantos de esta bella persona (…) me agrada prever el asombro de todas las mujeres; el dolor imperioso de unas; la aflicción muda, pero más dolorosa, de las otras; la consolación maligna de las que ya nada esperan; y la ambición irritada de las que esperan todavía» (*Lettres persones [Cartas persas]*, carta XCVI). < <

[11] La autora se inspiró tal vez en la hermosa metáfora de Kant contenida en su *Crítica del juicio* cuando, para ilustrar el concepto de analogía, compara un Estado tiránico con una máquina, y un Estado democrático con un organismo. < <

[12] En el texto: «*la monnaie vivante*». < <

[13] En el texto: «*un si funeste désir*». < <

[14] En el texto: «*qui se balade*». < <

[15] En el texto: « *immortel l’adolescent* ». < <

[16] «… y amando a esta princesa con una pasión que no podía ya dejarlo vivir con la incertidumbre de ser por ella amado, se decidió de una vez». < <

[17] En el texto: «la Révocation de l’Édit de Nantes». El Edicto de Nantes, firmado por Enrique IV en aquella ciudad (1598), concedía a los protestantes una amnistía con respecto al pasado y garantías para el futuro. La Revocación del Edicto de Nantes, nuevo edicto firmado por Luis XIV, en Fontainebleau (1685), suprimió todos aquellos beneficios e instituyó la intolerancia frente a los no católicos, que, en gran número, salieron clandestinamente de Francia. < <

[18] En el texto: «*le bain de Diane*». < <

[19] Aquí, extenso fragmento ilegible de la carta manuscrita. < <